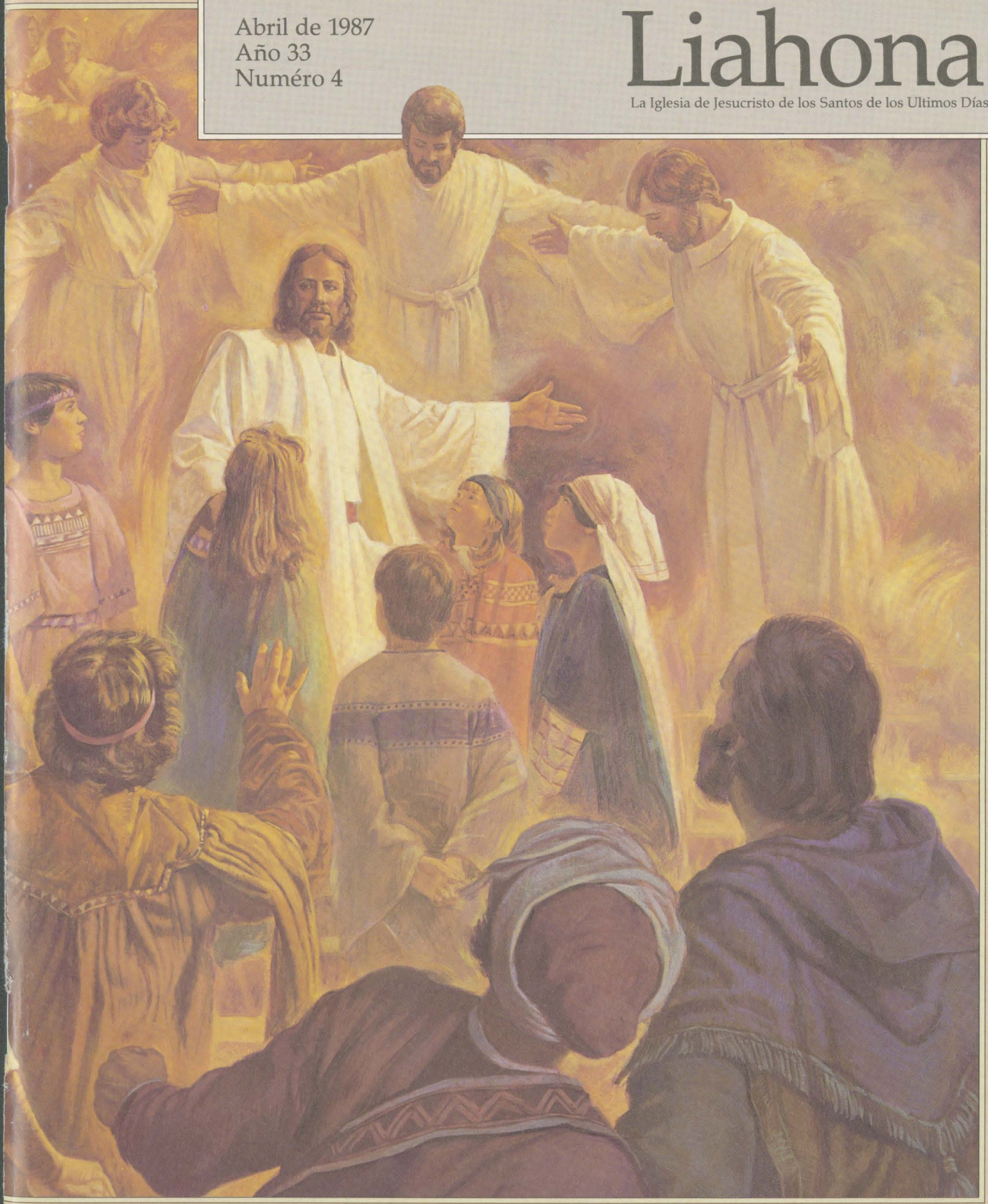
Abril de 1987
Año 33
Numéro 4

Liahona

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días



Abril de 1987
Año 33
Número 4

La Primera Presidencia:
Ezra Taft Benson
Gordon B. Hinckley
Thomas S. Monson

Quórum de los Doce:
Marion G. Romney, Howard W. Hunter,
Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton,
L. Tom Perry, David B. Haight,
James E. Faust, Neal A. Maxwell,
Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks,
M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin

Asesores: Hugh W. Pinnock, John H. Groberg,
James M. Paramore, Derek A. Cuthbert

Editor de Revistas de la Iglesia:
Hugh W. Pinnock

Director de Revistas de la Iglesia:
Ronald L. Knighton

Revistas Internacionales:
Editor gerente: Larry Hiller
Editor ayudante: David Mitchell, Jan U. Pinborough
Sección para los niños: Diane Brinkman
Preparación artística: N. Kay Stevenson, Sharri Cook

Liahona

Responsable de las pâginas locales:
Daphnis M. Loppe
Caspe 115, 1°, 3ª, esc. dcha
E-08013 Barcelona 13
Teléfono 93-231-9609 o bien 93-245-53-16

Derechos reservados © 1986 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, Utah, 84150, EEUU

Para subscribirse:
Solicite su subscripción al representante de la Liahona en la rama donde resida, o a la Oficina Regional de Madrid: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/n°, San Fernando de Henares (Madrid), España. El precio de la subscripción es de 780 pesetas anuales o 65 pesetas cada ejemplar.

Publicado 12 veces al año

Printed by Friedrichsdorf Printing Centre
Federal Republic of Germany

PB MA 0562 SP

Liahona

Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, en el idioma español, que contiene artículos extraídos de las revistas *Ensign*, *New Era* y *Friend*

Artículos de interés general

2 Mensaje de la Primera Presidencia: El Campo está blanco *presidente Gordon B. Hinckley*
8 El Espíritu me lo enseñó *Isabelle L. Cluff*
10 Rosa de Tintí: Su servicio al Prójimo en Guatemala *Don L. Searle*
13 La Tierra Santa, la Tierra de Jesús *David H. Garner*
18 Mensaje de las Maestras Visitantes
19 El élder Howard W. Hunter *Don L. Searle*
25 La fe para obedecer *Sandra Stallings*
28 Asombro me da *Jeffrey R. Holland*

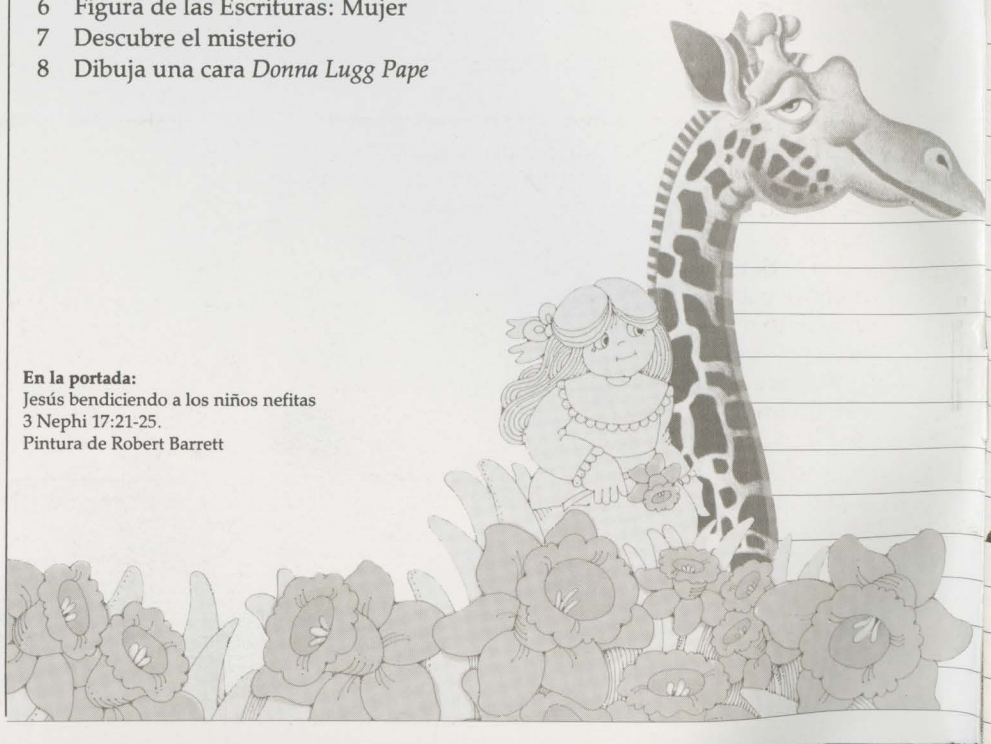
SECCIÓN PARA LOS JÓVENES

34 Cartel Mormón
35 El obispo *obispo Robert D. Hales*
40 Progresemos hacia el bien *Richard G. Ellsworth*
46 Sí, soy Mormón *David K. Skidmo*
48 Bien, buen siervo y fiel *Esnil Acosta*

Sección para los niños

2 Narcisos y lágrimas *Sandy Halverson*
4 Tiempo para compartir: Un testimonio de la pascua *Pat Graham*
6 Figura de las Escrituras: Mujer
7 Descubre el misterio
8 Dibuja una cara *Donna Lugg Pape*

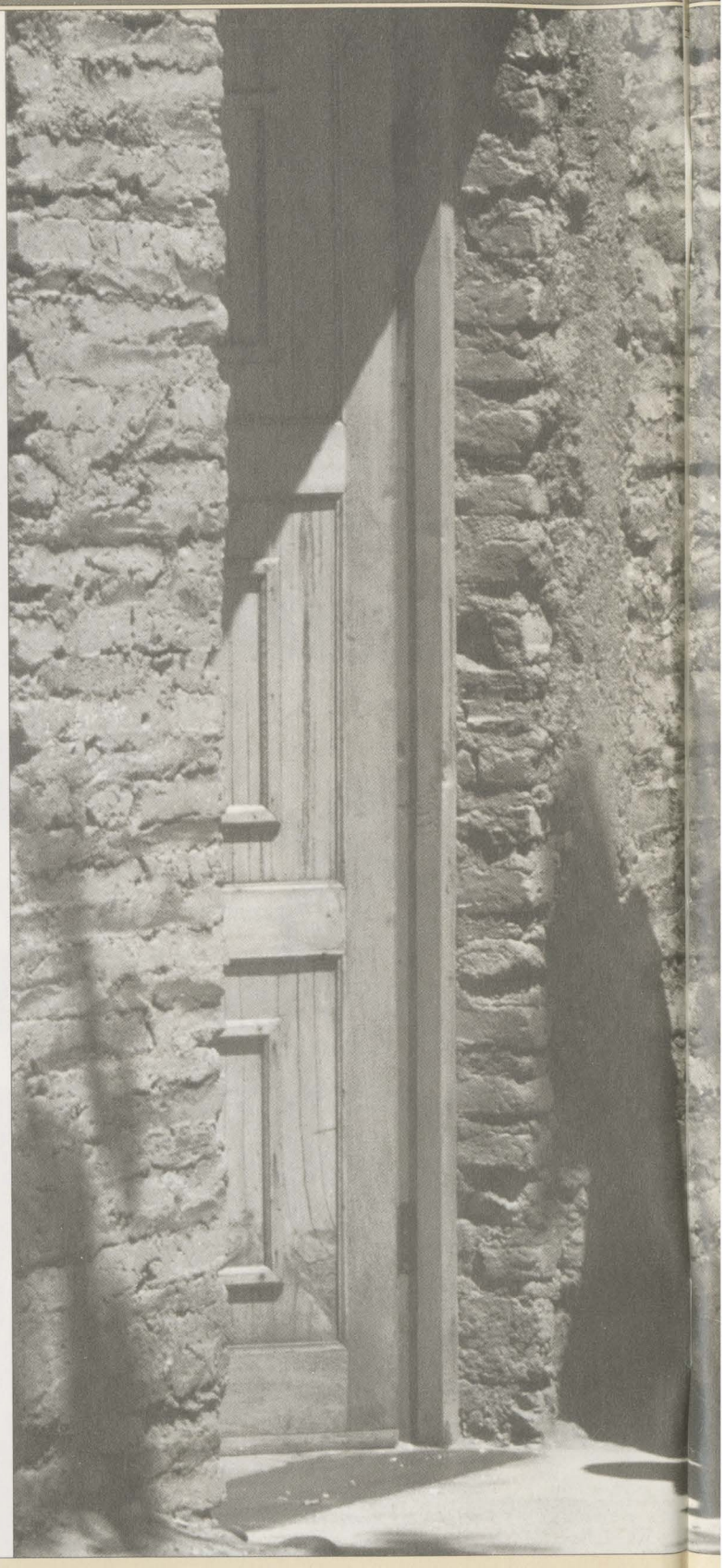
En la portada:
Jesús bendiciendo a los niños nefitas
3 Nephi 17:21-25.
Pintura de Robert Barrett



MENSAJE
DE LA PRIMERA PRESIDENCIA

EL CAMPO ESTÁ BLANCO

por el presidente Gordon B. Hinckley
Primer Consejero en la Primera Presidencia



Es motivo de gran regocijo para mí ver lo que está ocurriendo con la gran obra misional que se está realizando en la Iglesia. La labor de predicar el evangelio a los demás fue la primera responsabilidad que se le encomendó al profeta José Smith al principio de esta dispensación, y jamás debe ser relegada a segundo plano. Según se encuentra escrito, las últimas palabras que el señor dirigió a sus discípulos antes de ascender al cielo fueron:

"Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

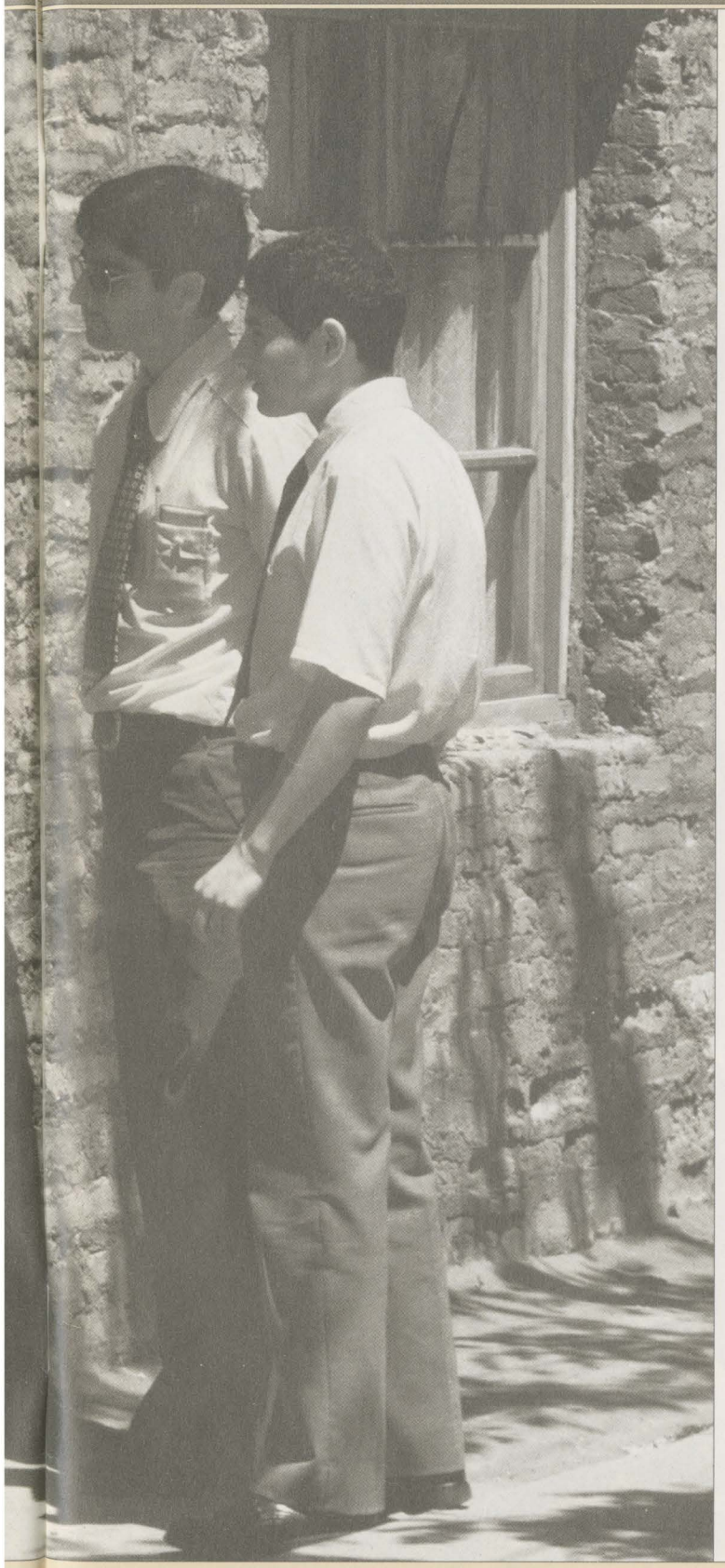
"enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." (Mateo 28:19-20.)

Me siento profundamente emocionado ante lo que está sucediendo en nuestra época. En 1985 se bautizaron 197.640 conversos en la Iglesia. ¡Esta cifra es mayor a la población total que había en la Iglesia al completarse sus primeros cincuenta años!

A juzgar por el número de miembros que integran una estaca promedio que se organiza en estos días, es decir, dos mil quinientas personas, podríamos suponer que en 1985 se unieron a la Iglesia el suficiente número de conversos para formar setenta y nueve estacas nuevas. ¡Esto es algo realmente notable!

Un alma viviente

Hemos de considerar, no obstante, que un converso no es simplemente alguien a quien se le considera como un número registrado en una página de estadís-



ticas. Un converso es un hombre, una mujer, un joven o un niño. Un converso es un alma viviente a cuya vida ha llegado nueva luz, comprensión y conocimiento.

Llamamos conversos a aquellas personas a quienes se les ha enseñado el evangelio restaurado de Jesucristo y que lo han aceptado con sinceridad. Son esas personas cuyo corazón ha sido penetrado por una nueva fe, y cuya mente se ha llenado de un nuevo entendimiento. Son aquellos que han cobrado nuevos deseos de vivir de conformidad con normas más elevadas de conducta, y han conocido una nueva felicidad y engrandecido su círculo de amistades. Su visión se ha ampliado con un nuevo entendimiento de los eternos propósitos de Dios. Los conversos son personas de enorme importancia, puesto que son hombres, mujeres, adolescentes o niños que se han arrepentido de sus hábitos anteriores y han adoptado una nueva forma de vivir.

En 1986 se unieron a la Iglesia más de doscientos mil conversos. ¡Cuánto más maravilloso habría sido si este evangelio hubiera penetrado en la vida de otras cincuenta mil personas adicionales o, aún más, otras cien mil! Aunque no haya sucedido esto todavía, yo creo firmemente que se puede lograr.

Muchas de esas personas se han convertido al evangelio gracias a los esfuerzos de los misioneros. Es motivo de gran satisfacción saber que a fines de 1986, entre los que se encontraban sirviendo ya en el campo y los que había sido llamados, había casi treinta mil misioneros. Para fines de 1987, esperamos que se sobrepase ese número.

Es natural que si hay *más misioneros*, por ende habrá *más conversos*. E igualmente, si los misioneros salen a servir *mejor preparados*, serán *más eficientes*.

Un milagro renovador

A mí me parece que los misioneros son siempre un milagor renovador. Durante los años de mi ministerio como Autoridad General, he tenido la oportunidad de reunirme con ellos en diferentes partes del mundo. Todos se parecen, en muchos aspectos, en cualquier lugar donde se les encuentre. La mayoría son muchachos jóvenes – apuestos jovencitos y hermosas jovencitas. Se caracterizan por su gran vitalidad y por su entusiasmo para llevar a cabo la obra. No se desaniman o deprimen con facilidad, aunque algunas veces tienen que enfrentarse con alguna desilusión. Se les conoce por su dedicación y firme devoción a la obra a la que se les ha llamado. Reciben dirección, guía e inspiración de un selecto grupo de presidentes de misión a quienes llegan a amar casi como a sus propios padres. Se infunden ánimo y fuerza mutuamente y llegan a entablar maravillosas amistades que perduran por toda la vida. Se les llama por el espíritu de profecía y revelación, y ellos, por medio de sus devotos

La labor de predicar el evangelio a los demás fue la primera responsabilidad que se le encomendó al profeta José Smith al principio de esta dispensación, y jamás debe ser relegada a segundo plano.

Fotografía por Jed Clark y Marty Mayo

esfuerzos, inyectan a la Iglesia de nueva sangre y vida. Los jóvenes de ambos sexos que salen a la misión nunca siguen siendo los mismos después de prestar este servicio. Vuelven a sus hogares dotados de cualidades y características de entereza y fuerza que parecen no obtenerse de ninguna otra manera, sino en el campo misional. Vuelven con una certeza, como nunca la habían tenido, de que esta obra es verdadera y que es la más importante de toda la tierra. Regresan a su hogar con un deseo de seguir sirviendo, porque han establecido los cimientos para asumir mayores responsabilidades en el futuro.

Necesitamos más misioneros. En estos momentos muy bien podríamos aprovechar el servicio de otros diez mil. El que suponga que ya hay suficientes estará hablando sin fundamento. Por los informes que he escuchado de las diferentes presidencias de las áreas internacionales del mundo, me he dado cuenta de la magnitud del trabajo que queda por hacer. Por ejemplo, hay cierta área en la que sólo hay 270.000 miembros, cuando la población total asciende a 640 millones. "A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos." (Mateo 9:37.) Ahora bien, hermanos y hermanas, ¿qué podemos hacer?

Una mejor preparación

Yo soy de los que piensan que la obra misional es primordialmente la responsabilidad del sacerdocio. Mientras que hay muchas jovencitas que realizan una labor excepcional en el campo misional, incluso siendo algunas de ellas más eficientes que los élderes, la responsabilidad básica recae sobre los hombros de los jóvenes varones. Debemos implantar en la mente de los jovencitos la importancia del servicio misional desde su tierna edad, y preocuparnos por prepararlos de una manera mejor.

Hace algunos años asistí a una conferencia de estaca en un área rural. Recuerdo que en la reunión del sábado por la noche se estaba hablando con mucho énfasis sobre la obra misional y que se le había pedido a un jovencito campesino de dieciocho años, de cara pecosa y agradable sonrisa, que hablara sobre los que había hecho para prepararse para salir a una misión. En su discurso, aquel jovencito habló de diez cosas que lo habían ayudado, las cuales menciono a continuación:

"1. Primero que todo, les debo a mis padres la inmensa ayuda que me han dado. Ellos me han alentado y motivado a ir a la misión desde que tengo uso de razón. Además, me han ayudado a ahorrar dinero para este propósito.

"2. Siempre he asistido a las reuniones de la Iglesia. He aprendido maravillosas lecciones que me han ayudado a comprender el significado del evangelio.

"3. He participado en el programa de Escultismo durante siete años. Soy un 'Scout Aguila' y se me ha enseñado a estar 'siempre listo'. Por mucho tiempo he repetido el juramento: 'Servir a Dios y a mi país'.

"4. He ganado el premio 'Mi deber a Dios', y sé que este deber incluye el compartir el evangelio con los demás.

"5. Soy ayudante del quórum de presbíteros de mi barrio y sirvo directamente bajo la dirección de mi obispo, quien es el presidente de mi quórum. Desde que era diácono, mi obispo y sus consejeros me han entrevistado y me han hablado acerca de ir a una misión. Ellos me han dado una visión de la gran responsabilidad y oportunidad que representa el servir al Señor como misionero.

"6. Siempre he asistido a las clases de Seminario, en las que he estudiado el evangelio. Allí he conocido a excelentes maestros y maravillosos amigos. He leído y estudiado el Libro de Mormón y sé que es la palabra de Dios.

"7. He sido maestro de la Primaria, lo cual ha sido una gran oportunidad de servicio para mí. En mi clase hay niños pequeños de ambos sexos, a quienes no siempre es fácil entretener, pero los quiero mucho y ellos lo saben. Estamos aprendiendo juntos.

"8. He participado en noches de hogar familiares desde que era niño. Mi familia y yo hemos orado, cantado y leído las Escrituras juntos. Hemos hecho planes para nuestra vida y las cosas que hemos deseado alcanzar.

"9. Me he esforzado por llevar una vida limpia. Aunque he tenido tentaciones, he recordado mi meta de ir a una misión y mi firme deseo de ser digno de servir. Hace mucho tiempo que tomé la determinación de no tomar cerveza, ni fumar, ni tomar drogas, ni tampoco ensuciarme con actos inmorales.

"10. En el instituto académico al que asisto, se me han asignado varias responsabilidades directivas y de servicio. Soy un líder estudiantil y me encanta serlo, porque estoy aprendiendo mucho y, gracias a mi participación en estas actividades, he hecho muchos amigos excepcionales."

Este muchacho terminó su discurso diciendo: "Me ha gustado mucho leer la historia de Ammón, que se encuentra en el Libro de Mormón. El luchó contra los ladrones y protegió los rebaños del rey. Mientras que los otros, que habían huído de los ladrones, le contaban lo sucedido al rey. Ammón estaba alistando los caballos y los carros del rey. El hizo lo que tenía que hacer en el momento apropiado. Si nosotros también actuamos así y oramos para pedir ayuda, estaremos preparados."

Jamás he oído en ninguna otra parte un mejor resumen sobre cómo prepararse para ser misionero, que el que dio ese jovencito en esa conferencia. En forma realista, él señaló los pasos de la preparación que debe comenzar desde la niñez, y continuar hasta el momento en que el joven reciba su llamamiento misional.

La vida de otras personas también se ve bendecida

El llamamiento de un misionero no sólo trae bendiciones a su propia vida sino también a la de los que escuchan su mensaje. También cuando un misionero se encuentra al servicio del Señor, hay otras personas que reciben bendiciones, tales como los miembros de su familia que, en la mayoría de los casos, lo apoyan, oran por él y tratan de vivir dignos de él. Estoy seguro de que cualquiera que haya apoyado a un misionero en cualquier forma puede testificar de los inmensos beneficios que recibe una familia cuando uno de sus miembros se encuentra en el campo misional.

Si hemos de aumentar considerablemente el número de misioneros, debemos empezar a prepararlos desde temprana edad. Esta preparación recae directamente sobre los padres de familia, y hay cuatro aspectos principales para prepararse para el servicio misional de los que me gustaría hablar: (1) espiritual, (2) mental, (3) social y (4) económico.

La preparación espiritual de un misionero se refuerza por medio de noches de hogar familiares eficaces, la buena enseñanza que se imparta en el Sacerdocio Aarónico y en las organizaciones auxiliares, la asistencia a las clases de seminario e instituto de religión, la realización de bautismos por los muertos en el templo y la constante motivación a leer el Libro de Mormón. Todo jovencito se beneficiará grandemente al leer el relato de los hijos de Mosíah, sobre quienes se encuentra escrito lo siguiente:

"Estos hijos de Mosíah . . . se habían fortalecido en el conocimiento de la verdad; porque eran hombres de sana inteligencia, y habían escudriñado diligentemente las Escrituras para poder conocer la palabra de Dios.

"Mas esto no es todo; se habían dedicado a mucha oración y ayuno; por tanto, tenían el espíritu de profecía y el espíritu de revelación, y cuando eseñaban, lo hacían con poder y autoridad de Dios." (Alma 17:2-3.)

La preparación mental. Todos los obispados deben, con toda diligencia y oración, entrevistar personalmente a los varones jovencitos, desde que son diáconos. Permitid que los obispados fomenten e infundan en los jóvenes el deseo de prestar servicio misional. Dejad que ellos los aconsejen y les ayuden a preparar su mente para enfrentar los rigores del servicio misional, a adaptarse a los cambios culturales que imponga la obra, según la nación a donde se les envíe, a volcar su corazón con entera devoción al servicio al que se les llamará. Por supuesto los padres de familia deben apoyar todos estos asuntos, acosejando con sabiduría e inspiración a los jóvenes en cuanto a ellos.

La preparación social. Enseñemos a nuestros jóvenes de la Iglesia con sabios consejos y amor la importancia de guardarse limpios y dignos de representar al Señor como embajadores Suyos. Fomentemos actividades sociales amenas y sanas y ayudémosles a aprender el gran arte de cooperar con los demás. Cuando se encuentren en el campo misional, ellos tendrán compañeros con los que se verán obligados a trabajar y tendrán que fijarse en las buenas cualidades de esos compañeros y tomar de la vida de los demás virtudes que puedan incorporar en su propia vida.

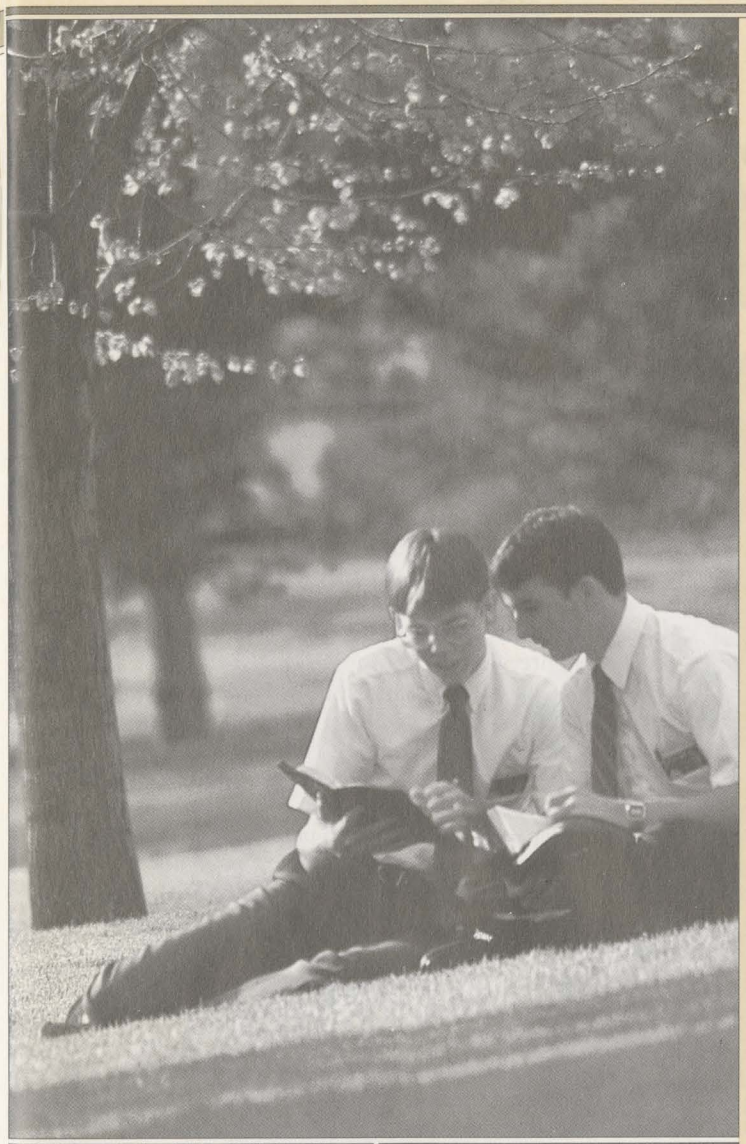
Preparación económica. En los últimos años, el costo de ir a una misión ha aumentado considerablemente. El gasto promedio por mes puede llegar al equivalente de US$200, lo que representa US$5000 aproximadamente para un período de dos años. Se debe empezar a ahorrar desde que los niños están pequeños, y esos ahoros deben guardarse en una cuenta bancaria segura, sin arriesgarse a perderlos en otros planes de ahorro peligrosos. El jovencito de quien hablé anteriormente había estado ahorrando desde hacía tiempo el dinero para costearse su misión así lo han hecho muchos de nuestros jóvenes, y hay tantos más que podrían hacer mucho más de lo que están haciendo.

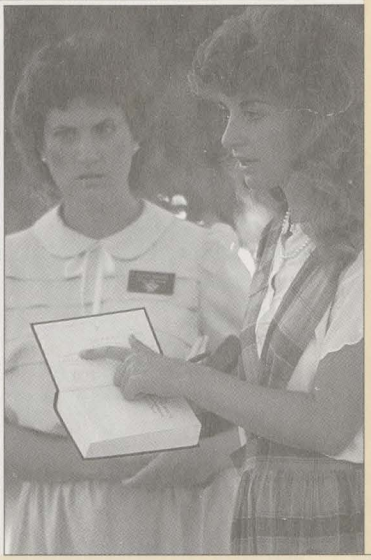
Misioneros de todas partes del mundo

Uno de los cambios más significativos de los últimos años es el gran aumento de misioneros de ambos sexos que provienen de áreas fuera de los Estados Unidos y Canadá. En una de las áreas internacionales, el 75 por ciento de los que han salido al campo se encuentran sirviendo en su propio país. Esto es sumamente alentador, porque yo sé que no hay mejor manera de enseñar el evangelio y al mismo tiempo asentar las bases para la estabilidad del futuro que ésta. El misionero que sirve en su propria tierra lleva ya de por sí una gran ventaja, puesto que habla el idioma de su gente y comprende su idiosincrasia y valores culturales.

Instamos a todos a observar con denuedo la regla del sostenimiento económico de los misioneros, la que ha estado en vigencia desde que se fundó la Iglesia, y que promulga la responsabilidad que tiene todo individuo de sostenerse durante su misón, contando, desde luego, con la colaboración de los miembros de su familia. Debe hacerse énfasis en esto, aunque por causa de ello deba retrasarse la partida del misionero al campo de servicio. Es mejor que un jovencito retrase su misión por un año y trabaje para juntar dinero para sostenerse, que tenga que depender enteramente de los demás.

Por otro lado, debido a las condiciones económicas de algunos países, algunos jóvenes se ven imposibilitados para servir, a menos que cuenten con algún tipo de ayuda. En estos casos, los barrios y los quórumes deben ayudar hasta donde les sea posible, y el dinero que falte puede ser suministrado por el fondo misional general, que opera por medio de las contribuciones de los miembros de la Iglesia. Se espera que todo miembro que cuente con las posibilidades económicas contribuya, según sea apropiado, al fondo misional gene-





ral. Gracias a la existencia de este fondo, miles de misioneros han podido salir a servir; sin él, igualmente, miles no podrían hacerlo.

La bendición que promete el Señor

Por cada contribución que se da, el Señor promete una bendición. En cuanto a los que ayudan a los misoneros. El ha dicho:
"Y el que os alimente, u os proporcione vestido o dinero, de ningún modo perderá su galardón.
"Y el que no haga estas cosas, no es mi discípulo; en esto podréis conocer a mis discípulos."
(D. y C. 84:90-91.)
Con renovado énfasis, prediquemos la urgencia del servicio misional y la ayuda a los misioneros, ya que son un deber y una responsabilidad. El mandato del Señor nos apremia, y tenemos la responsabilidad de difundir el evangelio entre todos los habitantes de la tierra. Están sucediendo cosas maravillosas, y aún pueden efectuarse muchos prodigios más. Seamos fieles en edificar el reino al que amamos y en acatar la voluntad de Aquel que es nuestro Salvador y que nos ha mandado enseñar el evangelio a todos. □

IDEAS PARA LOS MAESTROS ORIENTADORES

Quizás deseen recalcar estos puntos en su visita de orientación familiar:
1. La obra de enseñar el evangelio a los demás es una responsabilidad primordial de la Iglesia y de sus miembros.
2. Se necesitan más misioneros.
3. Se necesitan misioneros mejor preparados.
4. Los que salen a servir una misión deben prepararse en cuatro aspectos: (1) espiritual, (2) mental, (3) social y (4) económico.

Sugerencias para desarrollar el tema:

1. Hable de sus propios sentimientos sobre la obra misional.
2. ¿Hay algunos pasajes de las Escrituras o citas de este artículo que la familia pueda leer en voz alta y luego analizar?
3. ¿Sería preferible hacer la visita después de conversar con el jefe de familia? "Hay algún mensaje del obispo o del líder del quórum?

EL ESPÍRITU ME LO ENSEÑÓ

por Isabelle L. Cluff

Al terminar de hacer mis compras en la tienda de abarrotes, sin pensarlo me alejé de las largas filas de gente bulliciosa y me dirigí a pagar a la caja donde todo parecía más tranquilo. A lo mejor fue porque me sentía tan cansada, que inconscientemente busqué el sosiego.

Cualquiera que haya sido la razón, fue un alivio estar parada allí, tranquila y sin tener que tomar ninguna decisión por unos momentos. Sólo esperaba, junto con mi hija adolescente, que pasaran las dos personas que estaban adelante de mí para pagar lo mío e irnos a casa. Agotada, me quedé sumida en mis pensamientos, sin advertir lo que pasaba a mi alrededor. No me di cuenta de que nuestra fila no avanzaba sino hasta que el señor que estaba adelante de mí empezó a inquietarse un poco. Observé que en el mostrador había cuatro bolsas de papel llenas de abarrotes y que una viejecita humilde, de cabello blanco, contaba las monedas que tenía. Inútilmente, buscaba más monedas en su bolso de mano, moviendo las divisiones con las manos temblorosas.

Al aumentar la tensión del momento, deseaba estar más cerca de ella; no obstante, las personas que estaban en la fila, como cosa rara, se veían muy pacientes y en sus rostros no había sombra de disgusto o burla. Me invadió el inmenso calor del Espíritu y sentí escuchar claramente la palabra "¡Ayúdala!"

"Es todo lo que tengo", dijo tímidamente la viejecita, dándose por vencida.

Un tanto abochornada, la cajera sacó unas frutas y verduras de una de las bolsas de papel y las pesó para calcular su valor. Como no era suficiente todavía, se vio obligada a seguir sacando cosas de la bolsa.

A medida que sucedía esto, la viejecita dijo con la voz entrecortada, "No, por favor, necesito . . . ", reflejando angustia en el rostro.

Sin saber qué hacer por temor a herirla, yo oraba en silencio, pidiéndole a mi Padre que me iluminara para saber cómo podía ayudar.

Sin poder aguantar más, decidí hablar y tratar de hacer algo en lugar de quedarme esperando como una inútil.

Acercándome a la cajera, le pregunté en voz baja: "¿Cuánto dinero le falta?"

"Realmente no es mucho", dijo, agradecida de que alguien se preocupara de hacer algo al respecto.

"Por favor agréguelo a mi cuenta", le indiqué. Mas el Espíritu me impulsó a que pagara en ese preciso momento.

"Mejor dicho, aquí tiene lo que falta", aclaré, agregando un poco más de la cantidad requerida. El señor que estaba delante de mí pareció sentir también un gran alivio; aparentemente él también quería ayudar, pero no sabía cómo hacerlo. "Yo pagaré la mitad de eso", me dijo inmediatamente, y puso las monedas junto a mi contribución. Me refrené de rechazar su ayuda y le agradecí su acción. De repente, sentí como si las ventanas del cielo se hubieran abierto, bañándonos a todos de un sentimiento de calidez inesperada. Todos habíamos querido ayudar.

Rápidamente, la cajera completó la venta y le devolvió a la viejecita las cosas que había tenido que sacar de las bolsas. Entonces, con serenidad y confianza en sí misma, la viejecita se volvió hacia nosotros, tratando de pararse más erguida, y preguntó: "¿A quién le debo . . . ?"

Mientras suplicaba ayuda a Dios para contestarle, se me nubló la vista con las lágrimas. "¡Oh, Padre!", le pedí, "díctame lo que debo decir para no herir los sentimientos de esta mujer ni hacerla sentir menos".

Sin sentirlo, mis labios pronunciaron con naturalidad las palabras: "A alguien que la ama a usted y al Señor. Además, sólo hice lo mismo que usted habría hecho por mí".

Al escuchar esto, la viejecita pareció sentirse aliviada y dejó de temblar, dejándonos ver gradualmente una dulce sonrisa en su rostro pensativo.

"Así es, yo también lo habría hecho", dijo, como sorprendida de que yo lo supiera. Luego, con una sonrisa más amplia, reafirmó: "¡Realmente lo habría hecho!"

Con dignidad, tomó sus bolsas de abarrotes, abrió la puerta y se alejó.

Un sentimiento de reverencia embargó a todos los que todavía quedábamos en la fila para pagar. Repentinamente, desapareció mi cansancio y el señor que me antecedía empezó a silbar una tonada.

Cuando nos dirigíamos a casa, mi hija rompió el silencio, y me dijo:

–Mamá, qué buena fuiste al ayudar a esa señora de esa forma. ¡Qué feliz nos hizo sentir a todos!

–¿Sabes una cosa, hijita? –le dije–, realmente yo no sabía cómo hacerlo. Fue el Espíritu el que me lo enseñó. Todo lo que yo hice fue orar para que me ayudara. □

Ilustrado por Allen Garns

Sección para los niños

Ilustrado por Scott Greer

NARCISOS Y

Angelita resultó llorando nuevamente. Aunque no quería hacerlo, las tibias lágrimas le rodaban lentamente por sus mejillas. Se había quedado muy triste desde que su papá había muerto el invierno anterior, y casi cada vez que se encontraba sola, empezaba a llorar.

Un domingo, salió corriendo de la pequeña capilla antigua para ir a refugiarse en el desván del establo de su casa. Ese día, como era el domingo antes de la Pascua, su maestra de la Primaria había dado una lección acerca de la resurrección y les había dicho que cuando nuestros seres queridos mueren, podemos sentir consuelo al saber que ellos volverán a vivir y que estaremos con ellos en el futuro. Angelita había sentido que la maestra le estaba hablando directamente a ella y que estaba tratando de consolarla con sus palabras, pero su maestra simplemente no entendía. *¿De qué me sirve pensar en la resurrección cuando yo necesito a papi ahora?*, se decía.

Angelita había crecido muy apegada a su papá y él siempre había dicho que ella era alguien especial. La llamaba su "propio angelito bajado del cielo". Con mucho sentimiento, lloraba y decía: "¡Ay, papi!, ¿por qué tenías que morir? ¿Cómo podré volver a ser feliz?"

Mientras Angelita se torturaba con aquellos pensamientos, escondida ahí en el establo, escuchó la ronca voz de su hermano José que la llamaba desde la puerta.

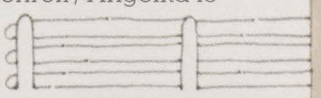
–¿Angelita, estás allí? –preguntó.

–Ya voy, José –le contestó ella, enjugándose las lágrimas mientras bajaba del desván.

Sin esperar a que terminara de bajar la escalera, José la tomó en sus brazos, le dio una vuelta en el aire y suavemente la sentó en el heno.

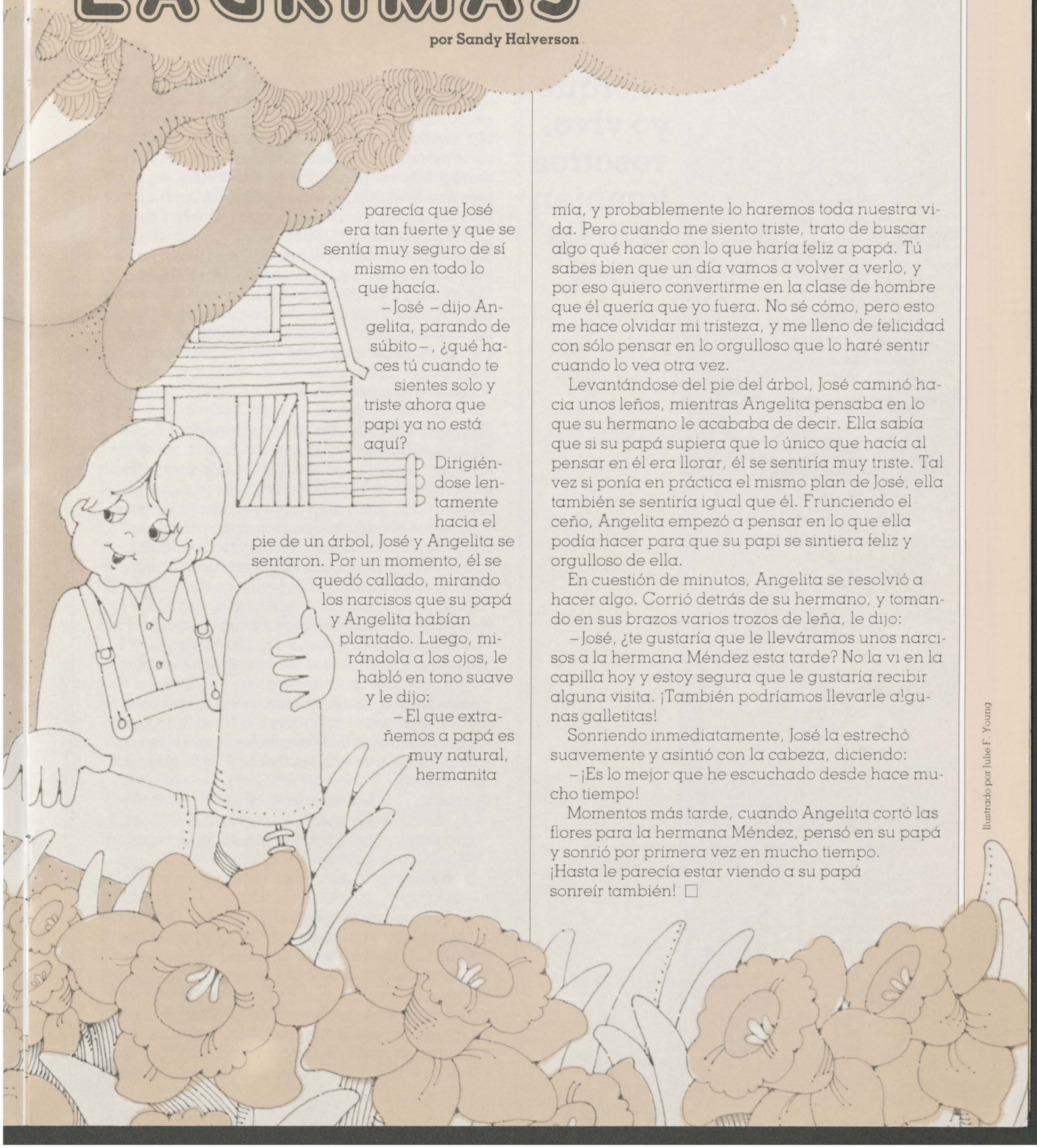
–¿Qué te pasa, Angelita? –le preguntó su robusto y alto hermano, mirándole aquellos ojos enrojecidos por el llanto–. ¿Es que ha vuelto a llover en el establo hoy?

Tratanto de sonreír, Angelita le tomó de la mano y juntos salieron del establo. Ella quería mucho a José; él era muy bondadoso y tierno, como papá, y Angelita sabía que él comprendía el dolor y la soledad que sentía. Ella se preguntaba si también él lo extrañaba; nunca había pensado en eso antes, pues le



LÁGRIMAS

por Sandy Halverson



parecía que José era tan fuerte y que se sentía muy seguro de sí mismo en todo lo que hacía.

–José –dijo Angelita, parando de súbito–, ¿qué haces tú cuando te sientes solo y triste ahora que papi ya no está aquí?

Dirigiéndose lentamente hacia el pie de un árbol, José y Angelita se sentaron. Por un momento, él se quedó callado, mirando los narcisos que su papá y Angelita habían plantado. Luego, mirándola a los ojos, le habló en tono suave y le dijo:

–El que extrañemos a papá es muy natural, hermanita mía, y probablemente lo haremos toda nuestra vida. Pero cuando me siento triste, trato de buscar algo qué hacer con lo que haría feliz a papá. Tú sabes bien que un día vamos a volver a verlo, y por eso quiero convertirme en la clase de hombre que él quería que yo fuera. No sé cómo, pero esto me hace olvidar mi tristeza, y me lleno de felicidad con sólo pensar en lo orgulloso que lo haré sentir cuando lo vea otra vez.

Levantándose del pie del árbol, José caminó hacia unos leños, mientras Angelita pensaba en lo que su hermano le acababa de decir. Ella sabía que si su papá supiera que lo único que hacía al pensar en él era llorar, él se sentiría muy triste. Tal vez si ponía en práctica el mismo plan de José, ella también se sentiría igual que él. Frunciendo el ceño, Angelita empezó a pensar en lo que ella podía hacer para que su papi se sintiera feliz y orgulloso de ella.

En cuestión de minutos, Angelita se resolvió a hacer algo. Corrió detrás de su hermano, y tomando en sus brazos varios trozos de leña, le dijo:

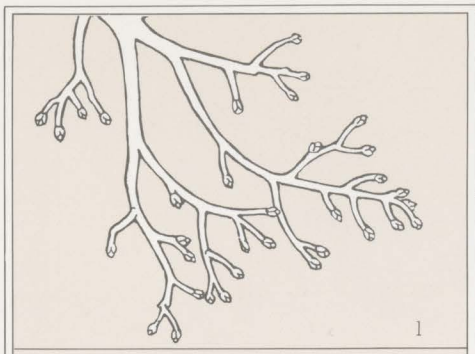
–José, ¿te gustaría que le lleváramos unos narcisos a la hermana Méndez esta tarde? No la vi en la capilla hoy y estoy segura que le gustaría recibir alguna visita. ¡También podríamos llevarle algunas galletitas!

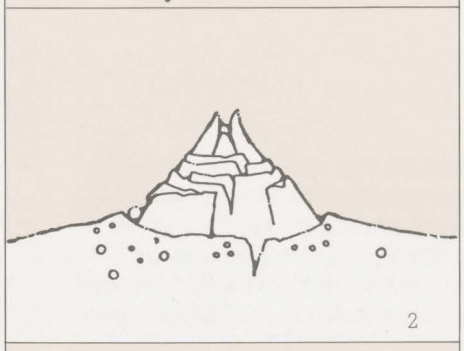
Sonriendo inmediatamente, José la estrechó suavemente y asintió con la cabeza, diciendo:

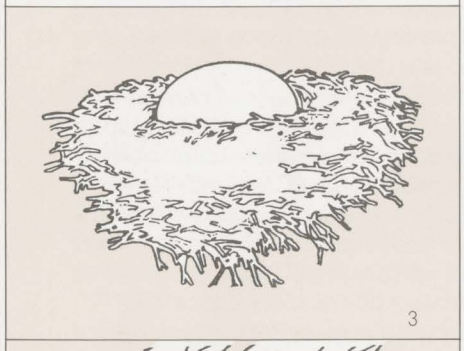
–¡Es lo mejor que he escuchado desde hace mucho tiempo!

Momentos más tarde, cuando Angelita cortó las flores para la hermana Méndez, pensó en su papá y sonrió por primera vez en mucho tiempo. ¡Hasta le parecía estar viendo a su papá sonreír también! □

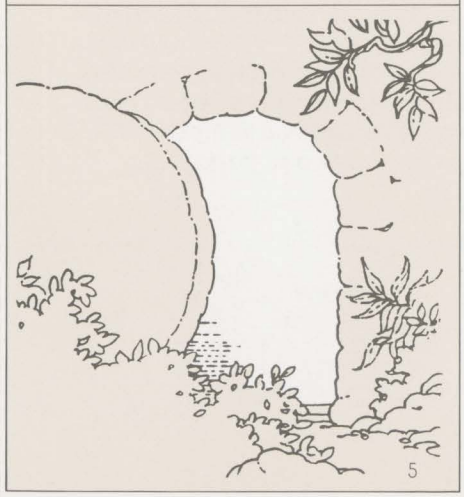
Ilustrado por Julie F. Young


1


2


3

4


5

TIEMPO PARA UN TESTIMONIO

"Porque yo vivo, vosotros también viviréis"

(Juan 14:19).

Instrucciones: Este programa de pascua lo pueden presentar los miembros de su familia. Para prepararlo debe asignarle un papel a cada miembro de ella y escribir sus nombres en las líneas correspondientes. Los niños más pequeños pueden participar en las partes de las láminas, ya sea recortando las figuras numeradas o buscando las parejas correspondientes, según número y según la lógica. [Láminas: (1) Una rama con botones de flores – una rama con flores, (2) Un bulbo – un tulipán, (3) Un huevo – un pájaro, (4) Un capullo – una mariposa, (5) Una tumba vacía – Jesús.] De ser posible, haga copias de todo el programa para cada participante. Todos pueden cantar los himnos, o bien pueden escoger algunos para presentarlos como solos. En caso de que no tenga el himnario, consulte al bibliotecario de su barrio.

Himno: "Resucitó Jesús" (*Canta Conmigo*, F – 17).
Narrador: La historia de la pascua es una historia de amor. Nuestro Padre Celestial nos ama tanto, que envió a su Hijo a la tierra para redimir nuestros pecados. Jesús ama a nuestro Padre Celestial y quiso ser obediente. Jesús también nos ama a cada uno de nosotros, y por eso dio su vida para que seamos perdonados cuando hacemos algo incorrecto y luego nos arrepentimos de haberlo hecho.
Narrador: "Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos." (Juan 15:13.)
Narrador: Jesucristo murió y después resucitó, lo que quiere decir que volvió a vivir, y vive hoy. No podemos comprender completamente cómo es que Jesús puede vivir otra vez; por eso lo consideramos un milagro. Hay muchos milagros que nos rodean y que nos ayudan a entender la resurrección de Jesús.
Narrador: El invierno es largo y triste;
Ya las flores y semillas se han dormido.
Esperan que un día las despierte la luz del sol.
El calor de la primavera las hace revivir,
Y es como un testimonio de la historia de la Pascua.
En la primavera sucede algo maravilloso:
Los pajarillos cantan, los prados se verdean,
El mundo despierta con la promesa de la vida,
Y la tierra vuelve a su plenitud.
Himno: "La Pascua" (*Canta Conmigo*, F – 16).
Lámina: Los botoncitos en los árboles florecen.
Lámina: Los bulbos enterrados en el suelo vuelven a florecer.
Lámina: Un pequeño huevo escondido en un nido

COMPARTIR DE LA PASCUA

por Pat Graham

se convierte en un pajarillo.

Lámina: De un capullo gris, escondido tras la hoja, sale una bella mariposa.

Narrador: Estos pequeños milagros nos ayudan a entender el milagro más grande de todos: la Resurrección. Jesús se levantó de su tumba cuando en el día de la Pascua se quitó la piedra que la cubría.

Lámina: "No está aquí, pues ha resucitado" (Mateo 28:6).

Narrador: Mucha gente vio a Jesús después de que resucitó. Pero nosotros no necesitamos verlo para saber que El vive. Cuando guardamos los mandamientos y recordamos a Jesús, nos sentimos bien, y ese buen sentimiento es el principio de un testimonio.

Narrador: "Poseer un testimonio de Jesús significa aceptar la divina misión de Jesucristo, aceptar su evangelio y hacer su obra." (Ezra Taft Benson, "Valientes en el testimonio de Jesús", *Liahona*, jul. de 1982, pág. 120.)

Narrador: Los corazones de los hombres se habían adormecido.
La luz espiritual había desaparecido de la tierra.
Pero al fin, volvieron a abrirse los cielos,
Y la luz del evangelio despertó al mundo adormecido.
Fue este un glorioso testimonio de la Resurrección.
Un día de primavera sucedió algo maravilloso,
Cuando José vio al Padre y al Hijo.
El mundo despertó y el sacerdocio a la tierra volvió,
Restaurando el evangelio en su plenitud.

Narrador: José Smith relata la visión que recibió: "Vi en el aire arriba de mí a dos Personajes, cuyo fulgor y gloria no admiten descripción. Uno de ellos me habló, llamándome por mi nombre, y dijo, señalando al otro: *Este es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!*" (José Smith – Historia 17.)

Himno: "Con fe perfecta" (*Canta Conmigo*, B – 16).

Narrador: Somos muy bendecidos con tener el evangelio restaurado en nuestros días. A medida que aprendamos más acerca de lo que enseñó Jesucristo, crecerá nuestro testimonio.

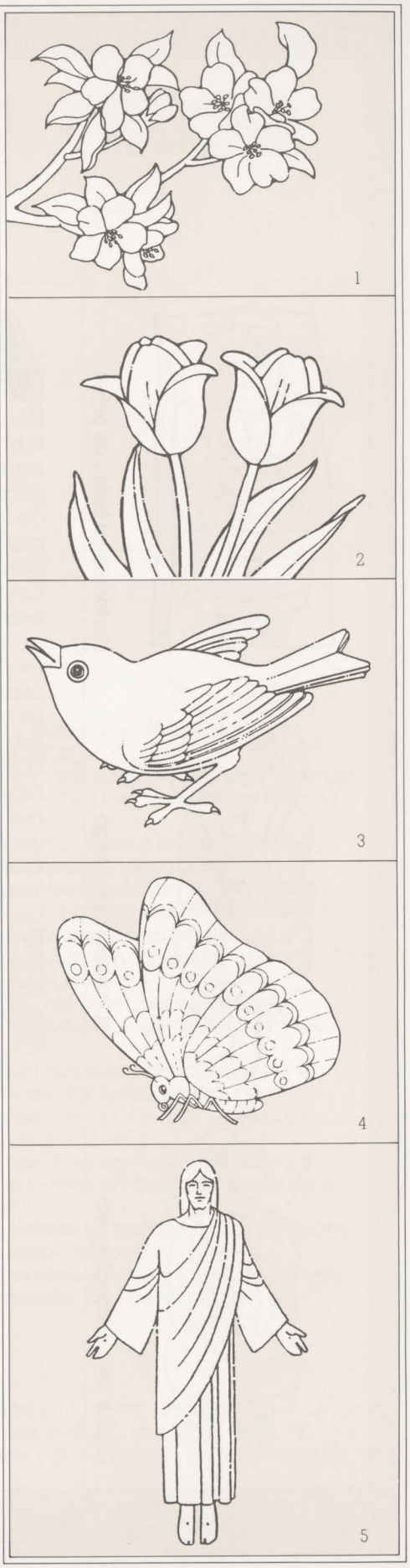
Niño: Yo sé que Jesús vive y que me ama.

Niño: Yo sé que José Smith fue un profeta y que el Señor restauró el evangelio por medio de él.

Niño: Yo sé que puedo ser feliz cuando guardo los mandamientos.

Niño: Yo sé que mi Padre Celestial vive y que me ama.

Himno: "Sé que mi Padre vive" (*Canta Conmigo*, B – 39). □



Ilustrado por Beth M. Whittaker

Marioneta en bolsa de papel

Marioneta con mango

Figura para el franelógrafo

Al contar anécdotas de las Escrituras, esta figura puede representar a cualquier mujer de las Escrituras, como Rebeca, Sara y Elizabeth. Esta figura se deberá pegar en cartulina, colorear y recortar, y luego convertirla en marioneta con mango, marioneta en bolsa de papel o figura para el franelógrafo, como aparecen en las ilustraciones. Haz varias y píntales a cada una el pelo y la ropa de diferente color. En futuras ediciones busca más figuras de las Escrituras.

DESCUBRE EL MISTERIO

Lee cada una de las declaraciones que se dan a continuación y decide si es verdadera o falsa. Luego, comenzando desde la estrella, traza una línea siguiendo los puntos, de acuerdo con las instrucciones que se den en la respuesta correcta. Si todas tus respuestas son correctas, habrás dibujado algo muy importante.

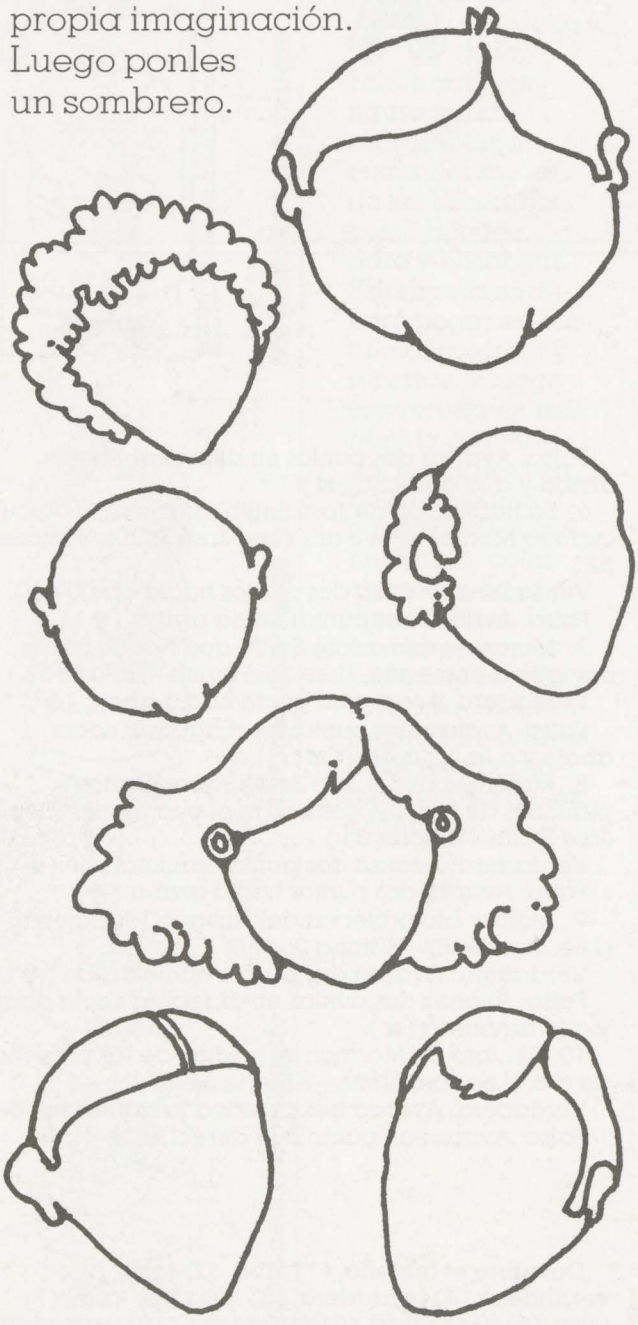
1. Después de leer el libro de Mateo, José Smith decidió orar para saber a cuál iglesia unirse. (Lee José Smith—Historia 11.)
   Verdadera: Avanza tres puntos a la derecha (→).
   Falsa: Avanza tres puntos a la izquierda (←).
2. A José Smith se le instruyó unirse a cualquier iglesia que él deseara. (Lee José Smith—Historia 19.)
   Verdadera: Avanza un punto hacia arriba (↑).
   Falsa: Avanza dos puntos en diagonal hacia abajo y a la izquierda (↙).
3. José Smith tenía catorce años de edad cuando tuvo la Primera Visión. (Lee José Smith—Historia 23.)
   Verdadera: Avanza dos puntos hacia abajo (↓).
   Falsa: Avanza dos puntos a la izquierda (←).
4. José Smith recibió un firme testimonio de la realidad y divinidad de nuestro Padre Celestial y Jesús, el que nunca negó. (Lee José Smith—Historia 25.)
   Verdadera: Avanza tres puntos hacia la derecha (→).
   Falsa: Avanza dos puntos hacia abajo (↓).
5. A José Smith se le había olvidado decir su oración la noche en que Moroni se le apareció por primera vez. (Lee José Smith—Historia 29–30.)
   Verdadera: Avanza un punto hacia abajo y a la derecha (↘).
   Falsa: Avanza dos puntos en diagonal hacia arriba y a la derecha (↗).
6. La habitación de José Smith estaba muy obscura cuando Moroni estuvo allí. (Lee José Smith—Historia 32.)
   Verdadera: Avanza dos puntos hacia abajo (↓).
   Falsa: Avanza dos puntos hacia arriba (↑).
7. Moroni le dijo a José Smith que Noé lo había enviado a enseñarle. (Lee José Smith—Historia 33.)
   Verdadera: Avanza un punto hacia abajo (↓).
   Falsa: Avanza dos puntos en diagonal, hacia abajo y a la izquierda (↙).
8. Moroni le dijo a José Smith sobre ciertas planchas de oro que contenían el evangelio. (Lee José Smith—Historia 34.)
   Verdadera: Avanza dos puntos hacia abajo (↓).
   Falsa: Avanza dos puntos hacia arriba (↑).
9. Moroni citó profecías del Antiguo Testamento. (Lee José Smith—Historia 36–40.)
   Verdadera: Avanza dos puntos hacia arriba (↑).
   Falsa: Avanza dos puntos en diagonal hacia abajo y a la izquierda (↙).
10. El Libro de Mormón se tradujo de las planchas de oro. (Lee José Smith—Historia 66–67.)
    Verdadera: Avanza tres puntos a la izquierda (←).
    Falsa: Avanza un punto a la derecha (→).

Descubre el misterio: (1) falsa, (2) falsa, (3) verdadera, (4) verdadera, (5) falsa, (6) falsa, (7) falsa, (8) verdadera, (9) verdadera, (10) verdadera.

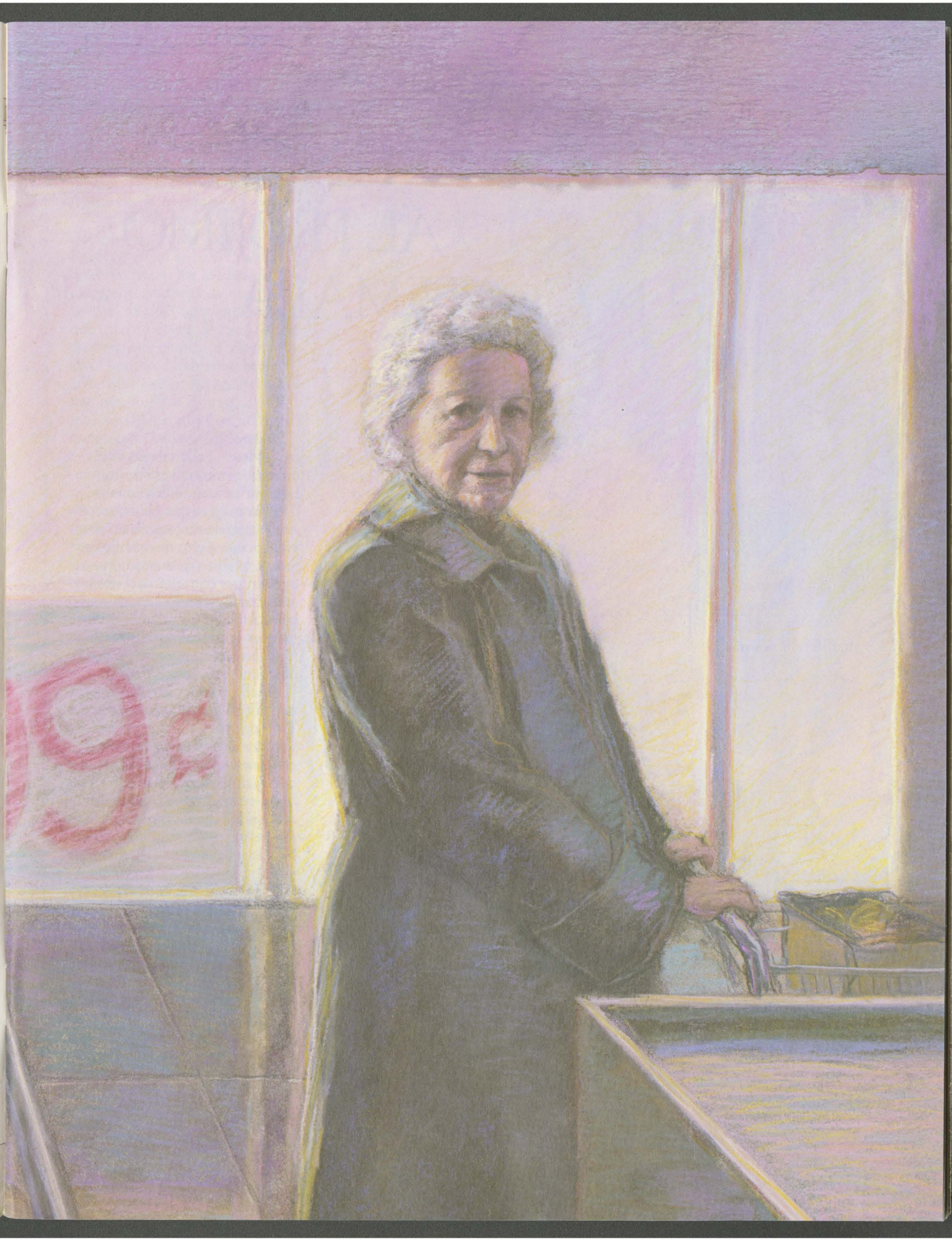
DIBUJA UNA CARA

por Donna Lugg Pape

Completa las caras pintándoles ojos, narices y bocas como las que aquí aparecen, o créalos de tu propia imaginación. Luego ponles un sombrero.



Ilustrado por Donna L. Pape



ROSA DE TINTÍ: SU SERVICIO AL PRÓJIMO EN GUATEMALA

por Don L. Searle

"Cada vez que va al templo, es como si alimentara su espíritu y nos diera a nosotros la nutrición que ingiere", dice Henry Elliott Tintí, un jovencito de dieciséis años, al expresarse de su madre.

Para Rosa Cruz Córdoba de Tintí, la oportunidad de ser obrera del Templo de la Ciudad de Guatemala es un sueño convertido en realidad. Según dicen sus hijos, ella siempre ha sido una buena mujer y madre, que ha consagrado su vida al servicio de su prójimo. Las oportunidades de servir se han ampliado aún más desde el día en que se bautizó en la Iglesia en 1979, por medio de los llamamientos que ha recibido. Actualmente sirve, por segunda vez, como presidenta de la Sociedad de Socorro de su barrio. Sin embargo, para ella, la oportunidad suprema de servir la ha representado su llamamiento como obrera del templo de su país, que fue dedicado en diciembre de 1984.

Aun antes de que la hermana Tintí se convirtiera en Santo de los Ultimos Días, "siempre nos enseñaba buenos principios morales", dice su hija Reyna. La hermana Tintí había aceptado todas las cosas buenas que le enseñaba la religión de sus antepasados, pero no se sentía totalmente satisfecha espiritualmente. "Sentía que debía haber algo mejor, pero no sabía qué era", expresa.

Rosa de Tintí logró descubrir ese "algo mejor" gracias a la ayuda de su hija mayor, Mélida, que se había unido a la Iglesia mientras vivía en los Estados Unidos de América. Mélida le había enviado los misioneros a su madre y al resto de su familia que vivía en Guatemala. Sus hermanos se habían bautizado en 1978, pero su madre había decidido esperar hasta más tarde, en vista de que su esposo no había querido unirse a la Iglesia. Después del fallecimiento de él, al año siguiente, ella se había sentido con mayor libertad de proceder a bautizarse, y en 1980 fue al Templo de los Angeles a recibir sus investiduras.

Reyna dice que su madre siempre se ha dedicado a servir a los demás. En cierta ocasión le dio posada en casa a un jovencito cuya familia lo había rechazado, y después hizo lo mismo con una hermana ex misionera. Todos sus vecinos conocen bien a la hermana Tintí por su bondad y saben a qué iglesia pertenece. Siempre que alguien en su vecindario tiene un problema, dice Reyna, la gente le dice: "Vaya a ver a doña Tintí; ella lo va a ayudar".

Henry expresa que su madre ha sido para ellos una excelente maestra de los principios de rectitud. "Después de que nos instruye", dice, "nos deja la libertad de escoger lo que sabemos que es correcto".

Aunque mi madre "no posea el sacerdocio", "ella sabe lo importante que es en la vida de un hombre". Cuando la hermana Tintí considera que Henry necesita la guía de otro varón en su vida, acude a uno de sus hijos gemelos, Mauro o Estuardo. Mauro es el primer consejero del obispo de su barrio (Barrio La Laguna, de la Estaca Las Victorias de la ciudad de Guatemala), y Estuardo es miembro del sumo consejo de la estaca.

Mucho tiempo antes de que conociera la Iglesia, la hermana Tintí cuenta que los gemelos, siendo muy pequeños, cayeron gravemente enfermos. Ella le prometió al Señor que si sanaba a sus hijos, se los dedicaría a Su servicio. En 1980, ella recordó aquella promesa cuando sus hijos habían llegado a la edad de salir a una misión.

Efectivamente, Mauro y Estuardo sirvieron una misión al mismo tiempo, y fue su madre quien los sostuvo durante su servicio. (Mélida también sirvió una misión.) Pero, ¿cómo pudo sostenerlos aquella viuda sola? "No lo sé", dice la hermana Tintí, "realmente no sé cómo pude hacerlo; de lo que sí estoy segura es de que el Señor me ayudó".

"Trabajaba en todo lo que podía", dice. Le hacía la comida al hermano conserje de la capilla del

Fotografía por Eldon Linschoten

barrio, les lavaba la ropa a los misioneros y además hacía y vendía tamales. Trabajaba incansablemente, "hasta que me dolían las manos de tanto esfuerzo", agrega.

Una de las razones por las que siempre ha sentido ese gran deseo de servir es por la fuerte motivación espiritual que le ha dado el evangelio desde que se unió a la Iglesia. Relata una manifestación que tuvo en enero de 1985, el día antes de que empezara a laborar en el templo. No bien se hubo acostado, vio los esqueletos de muchos muertos, y luego a una mujer indígena que definitivamente había pertenecido a una época anterior, quien estaba orando enfrente de una puerta muy peculiar. Esa noche dice que se quedó despierta por un rato, tratando de descifrar aquella experiencia que había tenido. No fue sino hasta el día siguiente, cuando se presentó al templo, que, habiendo recibido la asignación de trabajar en el baptisterio, ¡vio precisamente aquella puerta!

"Creo que vi a aquella mujer para que supiera quiénes eran las personas que me necesitaban", explica esta fiel obrera de 57 años de edad.

La hermana Tintí pone el servicio a su prójimo por encima de la obtención de bienes materiales. Recientemente, al conversar con uno de sus líderes de la Iglesia, ella le comentó que no tenía nada que pudiera dejarles a sus hijos al morir.

No obstante lo anterior, al pensarlo más detenidamente, ha recapacitado y dicho: "Les dejaré lo mejor que hay: un ejemplo de obediencia y el conocimiento de Dios". □

Fotografía por Eldon Linschoten

1

2

LA TIERRA SANTA, LA TIERRA DE JESÚS

por David H. Garner

El ministerio terrenal de Jesucristo afectó a toda la humanidad, aun cuando se desarrolló en una franja de tierra de unos 60 a 150 kilómetros de ancho y menos de 250 de largo.

A pesar de que el evangelio de Jesús es universal, sus enseñanzas y experiencias terrenales están muy ligadas a la tierra en la cual vivió. Redes de pescadores, piedras de molino y paredes del templo fueron objeto de su vida y enseñanzas. La ciudad de Sicar, el Monte Tabor y el Mar de Galilea fueron lugares donde enseñó el plan de salvación, y entre aquellos que le escucharon y creyeron en sus palabras se encontraban recaudadores de impuestos, pescadores y hombres de la nobleza.

¿Cómo es la tierra que recorrió el Mesías? En este ejemplar se publican fotografías de los lugares que le fueron familiares a Jesús en su niñez y durante su ministerio terrenal que terminó en Gólgota. En futuros ejemplares de esta revista se publicarán más fotografías de la Tierra Santa, la Tierra de Jesús.

Las fotografías pertenecen al archivo fotográfico del doctor Richard Cleave, de Jerusalén, y a la colección personal de David A. Garner.

1. Belén de Judá

"Y José subió de Galilea, . . . a la ciudad de David, que se llama Belén, . . . para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. Y aconteció que estando ellos allí, . . . dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón." (Lucas 2:4-7.)

De esta manera, aun cuando ellos no vivían en la ciudad de Belén, el nacimiento del niño Jesús en la antigua ciudad de Rut y Booz (Rut 1:2; 2:4) cumplió con la profética palabra de Dios: "Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad" (Miqueas 5:2). Es muy significativo que el que fue llamado "el pan de Dios" y "el pan de vida" (Juan 6: 33, 48) naciera en una ciudad llamada Belén, que en hebreo significa *la casa de pan.*

En la actualidad, la ciudad de Belén es mucho más grande de lo que lo era en los tiempos del nacimiento de Jesús. La antigua Belén es la zona de la esquina superior derecha de la fotografía, y el terraplén que aparece en primer plano es parte del campo de los pastores.

2. Nazaret, la ciudad de la juventud del Salvador

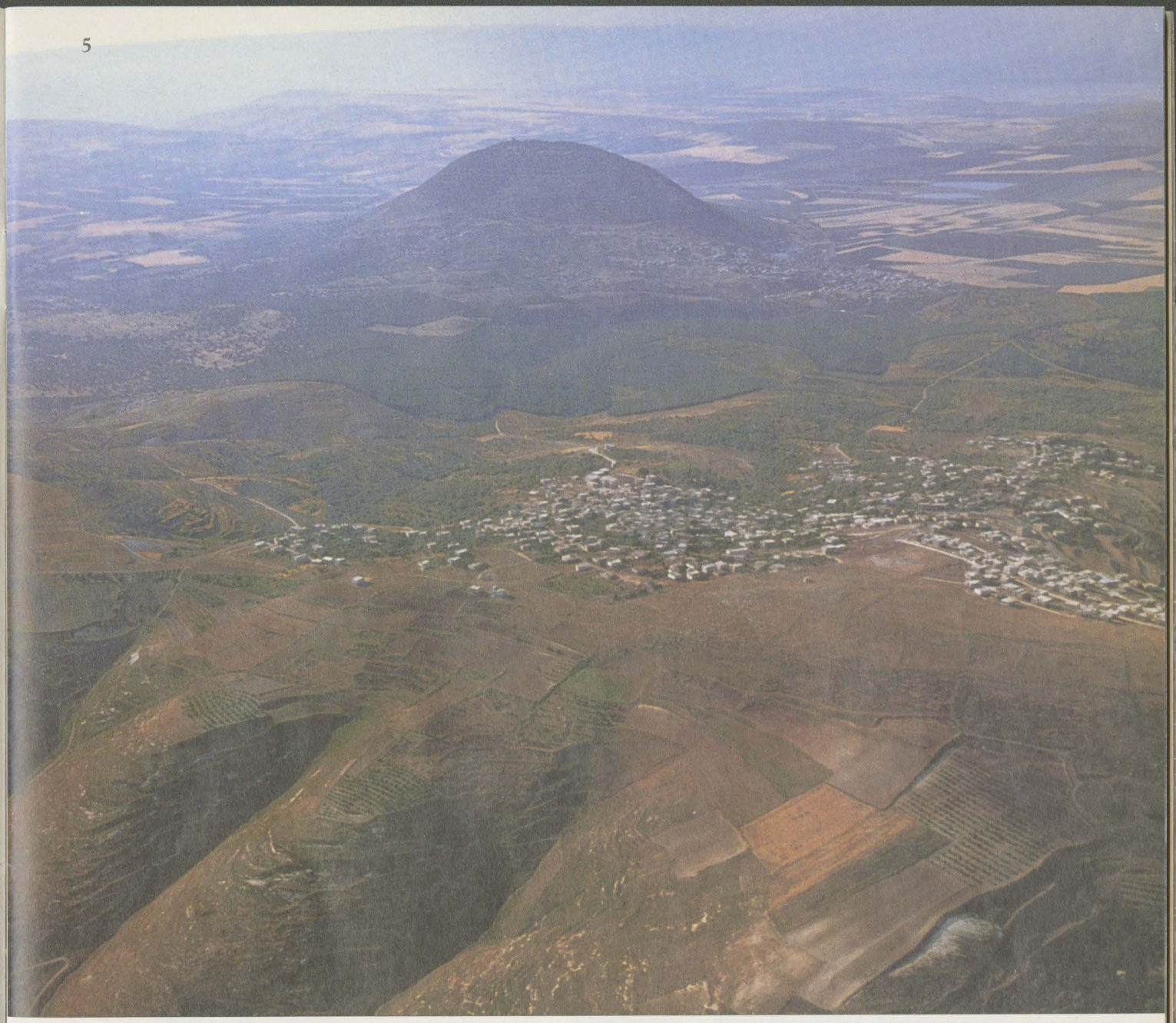
Cuando José sacó a su familia de Egipto, hacia donde habían huído, aparentemente había decidido regresar a Belén, donde habían vivido antes. "Pero oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre, tuvo temor de ir allá; pero avisado por revelación en sueños, se fue a la región de Galilea, y vino y habitó en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliese lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado nazareno." (Mateo 2:22–23.)

Casi seiscientos años antes, Nefi registró lo siguiente: "Y sucedió que . . . vi la ciudad de Nazaret, y en ella vi a una virgen, y era sumamente hermosa y blanca. . . Y miré, y vi de nuevo a la virgen llevando a un niño en sus brazos. Y el ángel me dijo: ¡He aquí, el Cordero de Dios!" (1 Nefi 11:13, 20-21).

Si bien la ciudad ha crecido mucho desde que Jesús vivió allí, aún se conservan mucho aspectos y tradiciones originales. Las calles son angostas, las viejas tiendas están una al lado de la otra, donde la gente se reúne para negociar e intercambiar las noticias del día, y las protectoras colinas continúan bordeando el antiguo lugar donde se lleva a cabo el mercado y el antiguo pozo, que datan de la época de Cristo.

3

4



Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd.

Mateo 17:5

3. La costa del Mar de Galilea

Tal como lo muestra la fotografía, las tierras costeras del Mar de Galilea son muy fértiles. Con frecuencia hace mucha calor, pero en las colinas es más fresco. A veces, cuando el viento sopla el aire frío de los cerros hacia los valles, se forman tormentas repentinas sobre el lago.

Alrededor del Mar de Galilea, aglomeradas con trabajadores de distintos oficios, había nueve ciudades, tres de las cuales tenían una población de más de 15.000 habitantes, lo cual era bastante en la época de Jesús. En ese lago Jesús hizo varios milagros, tales como calmar la tormenta y caminar sobre las aguas. En la costa del mar, Jesús sanó a los enfermos y echó fuera demonios, enseñó tanto a la intemperie como en las sinagogas y también escogió a sus Apóstoles.

4. Jerusalén, la ciudad de paz

Esta es una vista del lado oeste del Monte del Templo, donde aparece la Cúpula de la Roca en el centro. El patio del lado oeste del templo de Herodes se encontraba a la izquierda y más allá de la Cúpula de la Roca. El templo en sí estaba donde en la actualidad se encuentra la Cúpula de la Roca o cerca de ella, hacia la derecha. Esta zona se conoce como el Monte del Templo.

"Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo." (Juan 2:18–21.)

5. El Monte Tabor

Una de las montañas singulares de la baja Galilea es el Monte Tabor, elevando su redondeada cumbre sobre el valle de Jezreel. De acuerdo con la descripción de la Biblia de "un monte alto", es posible que sea la montaña donde se llevó a cabo la transfiguración de Cristo. (Véase Mateo 17:1–2).

En 1979 el presidente Spencer W. Kimball viajó a Jerusalén, y unas pocas horas después de haber ido al Monte Tabor dijo: "Sentí la seguridad de que ese fue el lugar donde Jesús había llevado a sus tres discípulos, Pedro, Santiago y Juan, 'y los llevó aparte a un monte alto', y que allí también El había dado ciertas bendiciones. Me invadió un espíritu muy cálido cuando nos reunimos allí y sentimos lo que recibíamos de esta experiencia". (Transcripción de la cinta grabada del mensaje que el presidente Kimball dio en la reunión sacramental que tuvieron en el Campo de los Pastores.)

6. El jardín de Getsemaní

El jardín de Getsemaní era un huerto de olivos donde el Salvador y sus Apóstoles iban para aislarse de la multitud y la confusión de la ciudad. Se ha estimado que este viejo árbol de olivos, o las raíces de las cuales nace tiene dos mil años o más. Es posible que haya sido un silencioso testigo de aquella solemne noche en la que Jesús padeció de agonía ante el peso de los pecados del mundo. "Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró, diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya... Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Lucas 22:41–42, 44).

7. Gólgota

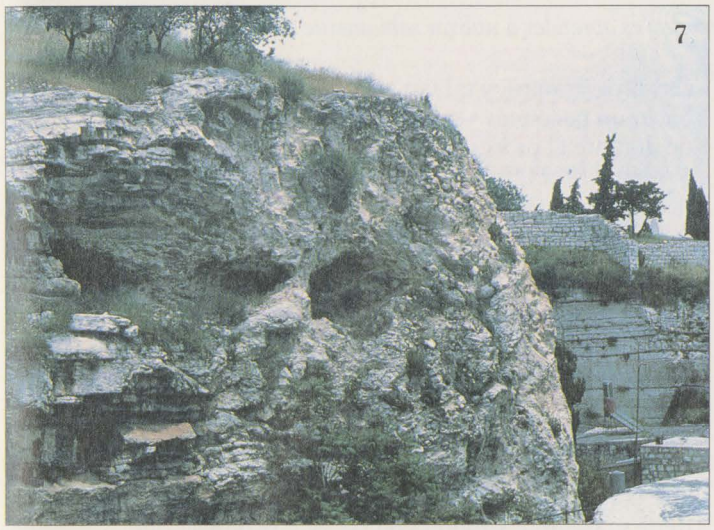
"Pilato... entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado... Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera... Era la hora tercera cuando le crucificaron." (Marcos 15:15, 22, 25.) Gólgota, que aparece en el centro de la fotografía, recibió ese nombre porque las rocas del peñasco parecen formar una calavera, identificándolo como un lugar de muerte.

8. "Allí, pues,... pusieron a Jesús"

"José de Arimatea... vino, y se llevó el cuerpo de Jesús. También Nicodemo... vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes... Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos. Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. Allí, pues... pusieron a Jesús." (Juan 19:38–42.)

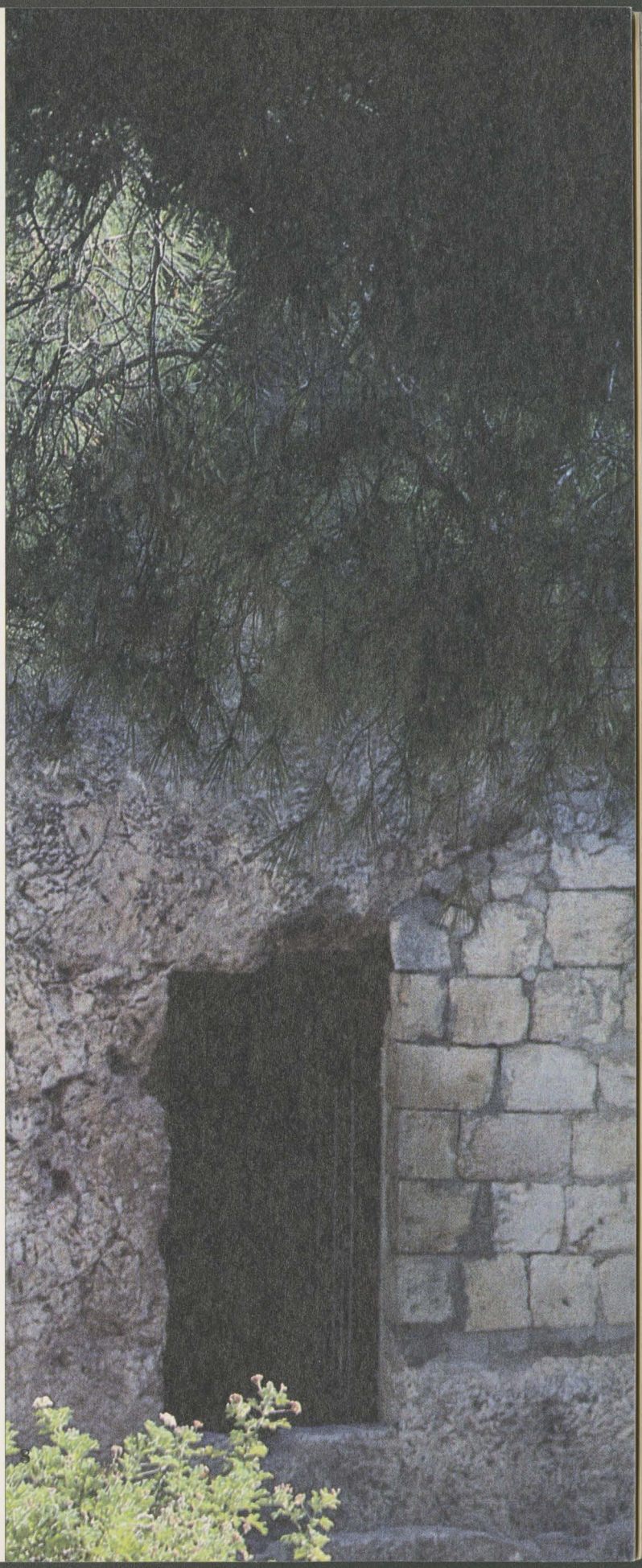
Se cree firmemente que el sepulcro de esta fotografía sea la tumba en la cual pusieron el cuerpo de Jesús. □

6



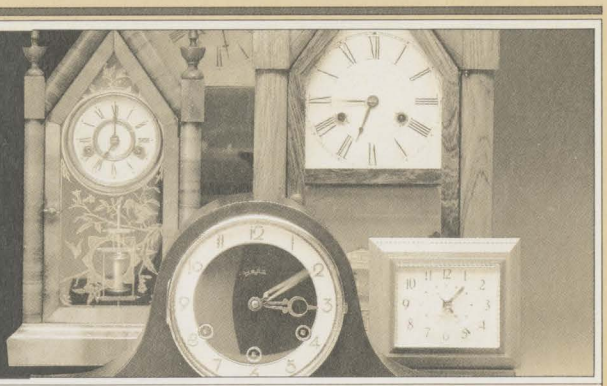
7

No está aquí, sino que ha resucitado. Lucas 24:6



MENSAJE DE LAS MAESTRAS VISITANTES

"TODO LO QUE SE QUIERE DEBAJO DEL CIELO TIENE SU HORA"



Objetivo: Comprender que parte de nuestra mayordomía terrenal es aprender a utilizar sabiamente nuestro tiempo.

Como mujeres Santos de los Ultimos Días, nos esforzamos grandemente a causa de los papeles que desempeñamos y lo que se espera de nosotros. Puede ser que tengamos la responsabilidad de ser esposa y madre; de tener llamamientos en la Iglesia; de un hogar y a veces un huerto qué cuidar; de quehaceres tales como cocinar, coser y preservar alimentos donde sea posible; del estudio personal de las Escrituras; de escribir regularmente en un diario; quizás de hacer ejercicio diario; tal vez de un trabajo fuera del hogar o alguna actividad remuneradora dentro de éste; tal vez de la necesidad de cuidar a algún pariente anciano; etc.

Aun cuando debemos estar "anhelosamente empeñados en una causa buena" (véase D. y C. 58:27), el Señor no ha dicho que debemos estar anhelosamente empeñadas en toda causa buena al mismo tiempo. Es posible que una mujer tenga varias metas, como criar a sus niños rectamente, prestar servicio voluntario en un hospital, lograr un título universitario, hacer obra genealógica, o servir en una misión; pero el tratar de lograrlas al mismo tiempo acarrea desilusión y frustración.

"Mucha gente me ha dicho, 'Usted ha hecho tantas cosas' ", dice Barbara Winder, Presidenta General de la Sociedad de Socorro. "Y yo les digo, '¡Pero he vivido tantos años!' *En verdad todo tiene su tiempo*. Simplemente me sería imposible hacer todo lo que hago como Presidenta General de la Sociedad de Socorro si mis hijos fueran pequeños y estuvieran en casa y yo tuviera que cuidarlos . . .

"Esta es una lección que todas debemos aprender. Sólo nosotras podemos juzgar cuánto podemos aguantar. Muchas veces pensamos que alguien está haciendo todo [al mismo tiempo], pero generalmente una hermana está haciendo una cosa, otra hermana está haciendo otra, e incluso otra hermana haciendo otra. ¡Y entonces tratamos de hacerlo todo! Y cuando fracasamos en nuestro intento de 'hacerlo todo', finalmente nos damos cuenta de que *no podemos*. A medida que descubrimos lo que podemos hacer, progresamos; y tal vez algunas veces podamos hacer un poco más —quizá por lo que hemos aprendido durante el proceso."

Una pintora, frente a su lienzo, tiene una visión del resultado final de su obra, pero durante el proceso diseña muchos bosquejos intermedios. Es bueno que una mujer, en cualquier etapa de su vida, se forje una imagen del tipo de persona que desea llegar a ser. Se debe preguntar, "¿Qué puedo hacer en esta etapa de mi vida?", en vez de anhelar metas que deben dejarse para después.

No tiene caso que una mujer que tiene cuatro niños pequeños anhele continuamente servir una misión regular. No es prudente que una misionera esté continuamente soñando con ser madre. "Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora." (Eclesiastés 3:1.)

Las prioridades, los compromisos y los deseos frecuentemente nos estiran en diferentes direcciones; pero si confiamos en el Espíritu del Señor, podemos tener la seguridad de que hemos escogido el camino correcto. En el reino del Señor no hay labor que sea trivial o insignificante. "No os canséis de hacer lo bueno, porque estáis poniendo los cimientos de una gran obra. Y de las cosas pequeñas proceden las grandes." (D. y C. 64:33.)

SUGERENCIAS PARA LAS MAESTRAS VISITANTES

1. ¿Tiene usted metas que no ha alcanzado y que cree que es muy tarde para lograrlas? ¿Es en verdad demasiado tarde, o simplemente más difícil?

2. Analice cómo las lecciones de la Sociedad de Socorro y nuestra asociación con las hermanas nos fortalecen para seguir trabajando con metas que nos brindarán progreso personal, que glorificarán a Dios y que nos ayudarán a volver a su presencia. □

(Para material referente al tema, véase el *Manual de sugerencias para la noche de hogar,* págs. 253-254.)

El Élder Howard W. Hunter

Presidente en funciones del Quórum de los doce Apóstoles

por Don L. Searle

John Hunter sabía que su padre, el élder Howard W. Hunter, presidente de la Estaca Pasadena (California) en aquel entonces, no era muy aficionado a los deportes. Sin embargo, le extrañó verlo preocupado e inquieto una noche de otoño de 1959, durante todo un juego de fútbol entre la Universidad Brigham Young y la Universidad de Utah. Observó que su padre tenía la vista fija en los jugadores, mas no parecía que estuviera viéndolos realmente. Howard Hunter no podía hacerle saber a su hijo, entonces, que lo que sucedía era que estaba pensando seriamente sobre una entrevista que había tenido con el presidente David O. McKay unas horas antes ese día.

Al presidente Hunter, que se encontraba de visita en Salt Lake City para asistir a una conferencia general, no le había sorprendido recibir un mensaje en el que se le indicaba que fuera a la oficina del presidente McKay durante el intermedio de las sesiones de ese día. Como había estado trabajando en un proyecto dirigido por la Primera Presidencia, suponía que lo que quería el Presidente era un informe sobre el mismo.

No obstante, al reunirse con el presidente McKay, se sorprendió de la forma en que éste lo saludó: "¡Qué gusto me da verlo aquí!, hermano Hunter, siendo que mañana se le va a sostener como miembro del Consejo de los Doce".

"Me quedé perplejo ante el llamado", recuerda el presidente Hunter, a pesar de que contaba con una amplia experiencia en ocupar cargos directivos. Había servido como presidente de estaca por casi diez años y anteriormente había sido obispo por casi siete años. También había sido presidente del consejo regional de presidentes de estaca en el sur de California.

El élder Hunter escuchó atentamente las palabras del presidente McKay ese día, especialmente cuando éste le dijo lo mucho que le iba a gustar su nuevo llamamiento y la forma en que iba a cambiar su vida. Cuando le hubo hablado, le pidió que no le diera la noticia a nadie, excepto a su esposa, hasta que lo presentaran oficialmente a la congregación para pedir su voto de sostenimiento en la conferencia al día siguiente.

La esposa del hermano Hunter, Clara May Hunter (Claire), se encontraba en aquellos momentos a setenta y dos kilómetros de Salt Lake City, en la ciudad de Provo, en casa de John, su hijo, y de su nuera, Louine, que recientemente había dado a luz al primer nieto de los Hunter. El élder Hunter llamó por teléfono para darle la noticia a Claire. Era tanta la emoción que sentían ambos, que cuando él se lo hubo dicho, reinó un silencio profundo en la línea telefónica.

"Ese día, durante la sesión de la tarde, empecé a sentir el peso de esa tremenda responsabilidad. Estaba tan nervioso, que no pude permanecer sentado, de modo que me paré y empecé a caminar como autómata. La verdad es que no sé ni a dónde fui", recuerda él, sino que se ocupó de pensar en la forma en que aquel nuevo llamamiento iba a cambiar su vida.

Aquello significaba que tendría que renunciar al ejercicio de su profesión de abogado y a la vida que él y Claire se habían forjado en el sur de California durante casi treinta años de matrimonio. Sin embargo, además de considerar todos los sacrificios que tendrían que hacer, los hermanos Hunter también pensaron en los convenios que habían hecho en el templo de servir al Señor, costara lo que costara. "Queríamos honrar la promesa que habíamos hecho", agrega él.

Después de todo, eso era lo que ellos siempre habían hecho, y el presidente Hunter estaba acostumbrado ya a aceptar nuevas responsabilidades y a cumplirlas. Así se había criado.

Howard William Hunter nació en Boise, Idaho, el 14 de noviembre de 1907, siendo el hijo mayor de John William Hunter y Nellie Marie Rasmussen.

El padre de Howard siempre fue un gran hombre, aunque no era miembro de la Iglesia durante la infancia de aquél. No fue sino hasta que Howard tenía la edad de diácono y participaba en el grupo de Boy Scouts de su barrio que se les permitió a él a y su hermana bautizarse en la Iglesia. Su padre se unió por fin a la Iglesia en 1927 y se selló posteriormente a su familia.

A Howard Hunter siempre se le conoció como un gentil caballero, muy querido entre los jóvenes de su edad y muy deseoso de servir. Nunca trató de llamar la atención de los demás; simplemente hacía la cosas que él consideraba importantes con esa "manera discreta y afable" que lo caracterizaba, dice su hermana Dorothy Hunter Rasmussen. "El siempre fue bueno conmigo, y puedo decir con toda certeza que jamás lo he visto hacer nada incorrecto", agrega.

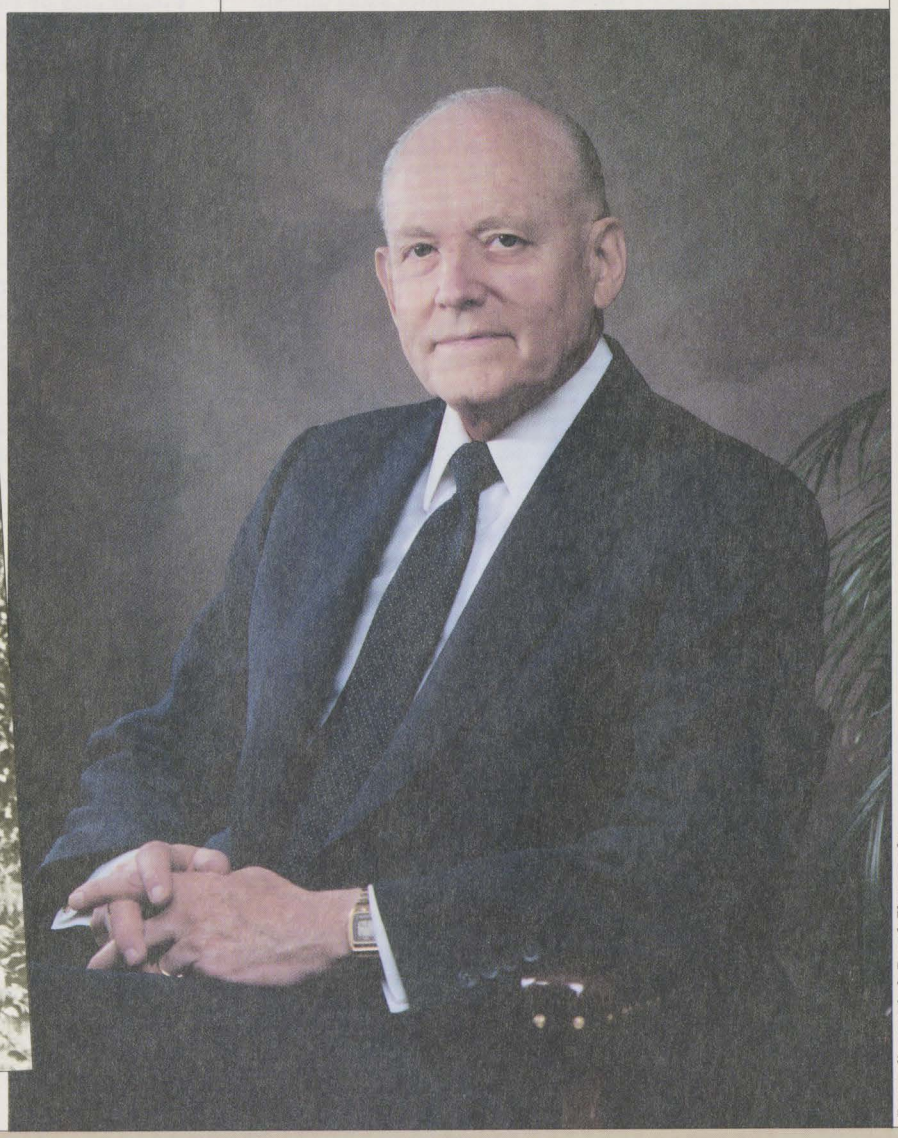
El élder Hunter tomó clases de piano y violín en su niñez, y aprendió a tocar varios instrumentos más por su propia cuenta, incluso una marimba que se ganó en un concurso en la escuela secundaria. Antes de finalizar sus estudios secundarios, ya tocaba en su propia banda musical.

Al terminar la secundaria, en 1926, se inscribió por un corto período en la Universidad de Washington, en Seattle, Washington, ya que tuvo que abandonar sus estudios temporalmente para atender a un contrato que firmó su nuevo grupo musical "Hunter's Croonaders" para cantar en un crucero llamado el SS *Jackson*, durante una gira de cinco meses por Asia.

Al terminar la gira, Howard Hunter viajó al sur de

Izquierda: Howard W. Hunter, cuando era Boy Scout a los 13 años de edad.

Derecha: El presidente Hunter ha sido miembro del Quórum de los Doce Apóstoles desde el año 1959.



Fotografía cortesía de Busath Photography.

California para pasar un tiempo con la familia del pianista del grupo. Como le agradó aquella área, decidió quedarse en ese lugar, en donde consiguió un empleo en un banco y además tocaba en un programa de radio para complementar sus ingresos.

En un baile patrocinado por la Iglesia, conoció a Clara May Jeffs, que había trabajado como modelo y ascendido gradualmente hasta llegar al puesto de gerente de personal de una prestigiosa tienda de modas de Los Angeles, California. La mayoría de sus salidas juntos las pasaron en actividades de la Iglesia.

El élder Hunter nunca pensó dedicarse a la música profesionalmente; de modo que, cuando se acercó la fecha de contraer matrimonio con Claire, habiendo considerado que el empleo inestable de un músico y sus horarios irregulares no le permitirían llevar la vida familiar que él deseaba, hizo su última presentación profesional en 1931 – el sábado anterior a su casamiento – empacó todos sus instrumentos y se preparó para emprender viaje hacia Salt Lake City y casarse en el templo.

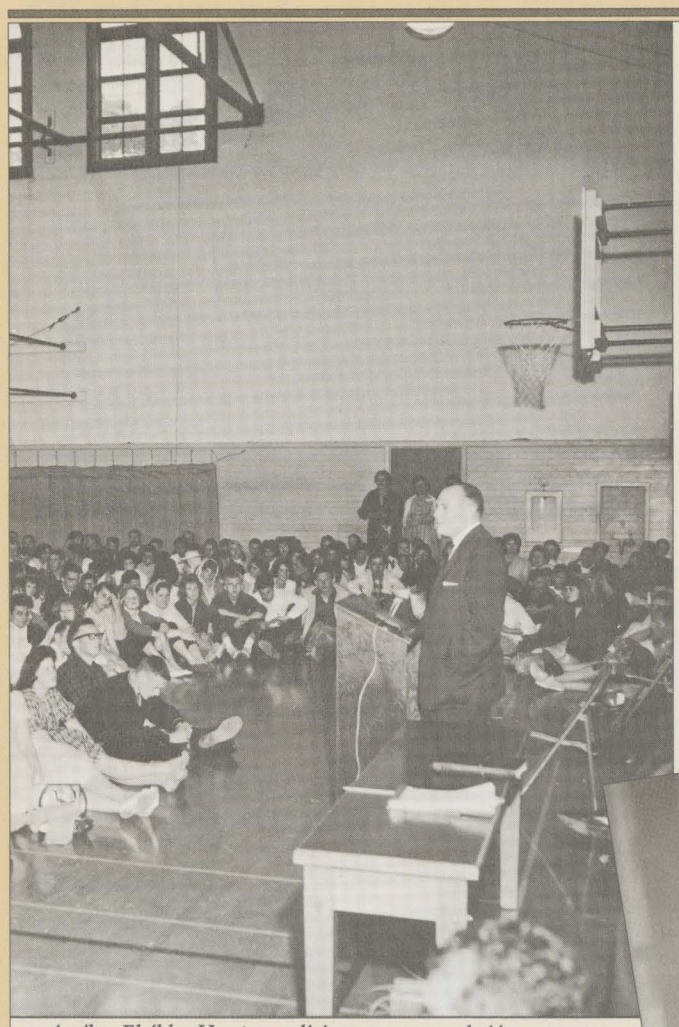
La Autoridad General que casó a los hermanos Hunter les brindó un sabio consejo que ellos tomaron muy seriamente: evitar las deudas y no comprar nada sin contar antes con el dinero para hacerlo. A través de toda su vida matrimonial, los hermanos Hunter siguieron este consejo y lo inculcaron también en sus hijos. Durante la época de la gran crisis económica a principios de la década de 1930-1940, el haber seguido ese consejo les sirvió de mucho. El banco donde él trabajaba quebró. Encontrándose sin trabajo, pero también sin deudas, rápidamente consiguió un nuevo empleo.

Para los hermanos Hunter fue crucial la decisión de que él ingresara a la carrera de derecho, a principios

Izquierda: El élder Hunter, de niño, en Boise, Idaho.

Centro: La música ha sido parte importante de la vida del élder Hunter. En su juventud aprendió a tocar varios instrumentos, y por algunos años se dedicó a tocar en forma profesional en su propio conjunto musical.

Derecha: Aquí lo vemos hablando en una reunión sacramental en el Campo de los Pastores, cerca de Jerusalén, en octubre de 1978.



Arriba: El élder Hunter se dirige a un grupo de jóvenes en Santa Rosa, California, Estados Unidos, en 1961.

Derecha: El élder Hunter y hermana Hunter.

de 1934. "Trabajaba ocho horas al día y tomaba la mayoría de mis clases en la noche. Estudiaba después que salía de clases y durante los fines de semana", cuenta el presidente Hunter. Al principio se quedaba estudiando hasta las dos de la mañana, pero luego descubrió que se cansaba menos y rendía más cuando se acostaba temprano y se levantaba a las dos de la madrugada a estudiar.

Fue un período de riguroso entrenamiento que lo ayudó a disciplinarse para poder responder tanto a las fuertes demandas de la carrera, como cumplir con la obra dentro de la Iglesia y atender a su vida familiar. Se graduó con excelentes notas, aprobó el examen de derecho del estado de California y empezó a ejercer su profesión en 1939.

Sus tres hijos nacieron durante esos años en que estudiaba leyes, y sus nombres son: Howard William, hijo (que murió en su infancia), John y Richard. No había pasado mucho tiempo desde que había empezado a ejercer su profesión aquel joven abogado, cuando, en 1941, se le llamó como obispo del nuevo Barrio El Sereno, de la Estaca Pasadena (California). Dos fuertes influencias, la familia y la Iglesia, moldearon esos años de su carrera de abogado.

Aquellos fueron años de mucho trabajo. En 1950 fue llamado como presidente de la Estaca Pasadena, y sirvió en el comité del templo mientras se construía el Templo de Los Angeles. Como resultado de su asociación con otros hombres de negocios, la cual, a propósito, le brindó muchas satisfacciones, fue nombrado miembro de la junta directiva de varias corporaciones. Y aun con todas sus ocupaciones, siempre buscó tiempo para pasarlo con sus hijos. Una de las varias actividades que más disfrutó con ellos fue una excursión de Boy Scouts a un caudaloso río de Oregón que hicieron en canoas que ellos mismos habían construido. El presidente Hunter y su hijo menor se montaron en una canoa que, como la mayoría de los otros, no aguantó el recorrido por el río. Su hijo Richard todavía se divierte al recordar cuando cayeron de espaldas por una cascada.

Al presidente Hunter le gustaba mucho acampar, y muchas veces salió con sus hijos para pasar la noche en una arboleda cercana a su hogar.

También le gustaba acampar mientras iban de viaje a algún lado. John y Richard no se olvidan de una noche en que los tres despertaron asustados por el ruido y el farol de un tren que iba directo hacia donde estaban

ellos. A muy poca distancia, el tren cambió de rumbo, pasándoles cerca de seis metros de donde estaban. En medio de la oscuridad, no se habían dado cuenta que habían tendido sus bolsas de dormir junto a los rieles de un ferrocarril.

El presidente Hunter instruyó a sus hijos en muchos aspectos con su solo ejemplo, sin tener que decirles nada. "Lo que yo he aprendido en cuanto a la honradez e integridad ha resultado en gran medida de lo que la gente me ha dicho acerca de mi padre", dice Richard. Nos cuenta de un sábado que acompañó a su padre a una reunión de negocios que tuvo en un pueblo cercano a donde vivían. Pasado un rato, uno de los hombres de negocios que estaba en la sala de reunión salió a tomar aire fresco y se quedó conversando con Richard sobre lo que acontecía adentro.

Al comentar Richard que seguramente pasaría mucho tiempo antes de que pudieran dar comienzo al proyecto planeado, debido a los muchos trámites legales que se tendrían que hacer, aquel hombre inmediatamente le aseguró que no sería así y que todos los participantes de aquella empresa podrían con toda confianza proceder antes de que se completaran todos los trámites porque sabían que cualquier cosa que Howard Hunter se comprometiera a hacer, la haría sin falta.

En medio de sus ocupaciones, el élder Hunter ha hecho todo lo posible por visitar a sus hijos y sus respectivas familias, que viven en California. Cuando John estudiaba leyes en Los Angeles, el élder Hunter le avisaba que pasaría a verlo a él y a su familia en su trayecto hacia alguna de sus asignaciones de la Iglesia. Entonces John llevaba a los hijos mayores a la terminal aérea para recoger al abuelito. Como esto sucedió con cierta frecuencia, los nietecitos mayores llegaron a reconocer al élder Hunter como "el abuelito que vive en el aeropuerto".

A medida que sus nietos han crecido, y durante el tiempo en que algunos de ellos han vivido en Utah para realizar sus estudios universitarios, el élder Hunter ha buscado oportunidades para disfrutar de su presencia en épocas de conferencias generales u otras ocasiones y actividades.

"Cuando pienso en mi abuelo, lo que más resalta en mi mente es su ejemplo como esposo amoroso", dice Robert, su nieto mayor, que ahora es gerente de una sucursal bancaria de las afueras de Salt Lake City. Con honda admiración y amor, los miembros de la familia fueron testigos del costante cuidado que el élder Hunter brindó a su amada Claire durante los ochos años que sufrió de una enfermedad que le quitó la vida en 1983.

"Se podía palpar el estrecho vínculo de amor que existía entre los dos", expresa Robert. El élder Hunter insistía en atenderla personalmente al máximo de sus posibilidades durante los años en que sufrió varias embolias que la dejaron completamente imposibilitada. Al mismo tiempo, el élder Hunter continuaba cumpliendo con sus asignaciones en la Iglesia, y aunque sufrió un pequeño ataque al corazón, ni aun eso pareció mermar su actividad, dice su hermana. Sólo cuando él se los permitía, llegaban a cuidar a Claire la hermana del élder Hunter y algunas otras personas. La seriedad de la enfermedad de ella los obligó a internarla en un sanatorio, a donde él llamaba frecuentemente para estar al tanto de su estado de salud, aun cuando tenía que viajar para cumplir con sus asignaciones eclesiásticas. Diariamente, después de salir de las oficinas de la Iglesia, lo primero que hacía era ir a verla, al igual que cuando regresaba de algún viaje. Cuando llegó el punto en que ella ya no podía sostener una conversaión con él, debido a su estado, el esposo abnegado continuaba platicándole durante todas sus visitas.

"Siempre corría a verla, para estar a su lado, atenderla y cuidar de ella", indica Robert.

"Hizo tanto por ella, ¡*tanto!*", recalca Dorothy, la hermana del élder Hunter.

La esposa de un miembro del Consejo de los Doce, expresa el presidente Hunter, ejerce una "influencia dulce y sustentadora" que lo ayuda a sobrellevar las cargas que pesan sobre sus hombros. A menudo debe hablar, expresar su testimonio y contribuir de alguna otra manera. Ella "contribuye enormemente" al éxito que su esposo pueda alcanzar en su llamamiento.

"Hace dos años que no cuento con ese apoyo", agrega él. "No me di cuenta de la gran influencia que ella ejercía y del gran apoyo que de ella recibía sino hasta que murió. Hoy más que nunca estoy consciente de ello."

Existe otra clase de amor que lo ha sostenido a través de los años de enfermedad de su esposa y desde que ella partió de esta vida. No es un amor que jamás pudiera suplantarla, por supuesto, pero sí un amor que eleva, que llena de fuerza y de ánimo; se trata del amor que le han brindado siempre los miembros de su quórum.

"Entre los miembros del Quórum de los Doce reina un amor que sobrepasa todo entendimiento", acentúa el élder Hunter. "Creo que ellos poseen el amor del que habló Cristo." Indica que al relacionarse con ellos ha aprendido a tener la humildad, la paciencia, una fe mayor y un amor sincero hacia el prójimo. Y estas virtudes engendran un deseo mayor de servir a los demás.

Como miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, el élder Howard W. Hunter ha contribuido por más de un cuarto de siglo a impulsar el progreso de la Iglesia en su curso ascendente. Actualmente es vicepresidente del Consejo de Templos y Genealogía, y durante muchos años ha trabajado con los programas de genealogía de la Iglesia (y personalmente se preocupa de recolectar información de su familia constantemente, informa su hijo John). Bajo la dirección del

élder Hunter, hace varios años se establecieron metas y pautas que aún rigen al Departamento de Genealogía de la Iglesia.

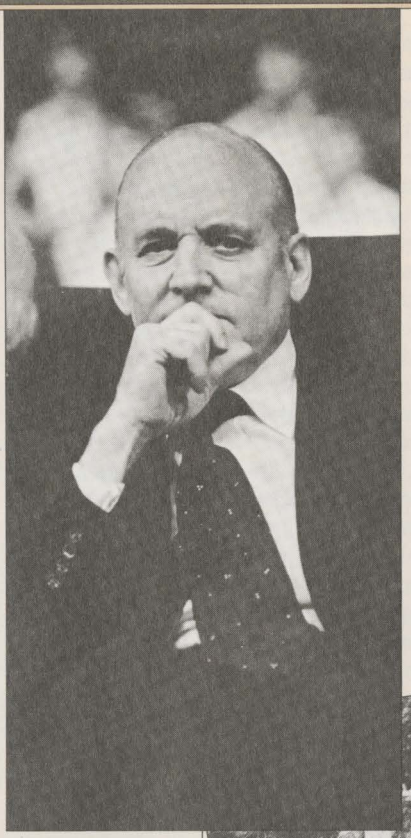
Asimismo, el presidente Hunter ha influido en el Sistema Educativo de la Iglesia, al ser miembro de la Mesa de Educación de la Iglesia y de la Junta Directiva de la Universidad Brigham Young. Su opinión ha sido de gran peso en decisiones relacionadas con los programas de la juventud de la Iglesia, particularmente el escultismo. El élder Hunter ha servido como director de las misiones de Europa Occidental, y ha empleado su experiencia en los negocios en sus cargos como director de varias corporaciones industriales y de administración de tierras, y de otras organizaciones de la Iglesia o que tienen que ver con sus actividades.

Pero son la sincera preocupación que el élder Hunter ha demostrado por las personas individualmente y la sobriedad de su fuerte testimonio lo que le han conquistado el amor de muchísimos Santos de los Ultimos Días. El siempre piensa en los demás. "Posee una extraordinaria habilidad para recordar a las personas y las circunstancias que las han rodeado", dice su hijo Richard. Su familia y amigos siempre comentan sobre la admirable capacidad que tiene de recordar a gente que ha conocido desde hace muchos años y las cosas de las que hablaron.

Por muchos años él ha tenido el privilegio de laborar diariamente con algunos de los hombres más espirituales de la tierra. "No sería posible relacionarse con hombres que poseen un testimonio de tal calibre, sin lograr que el de uno también se nutriera", señala.

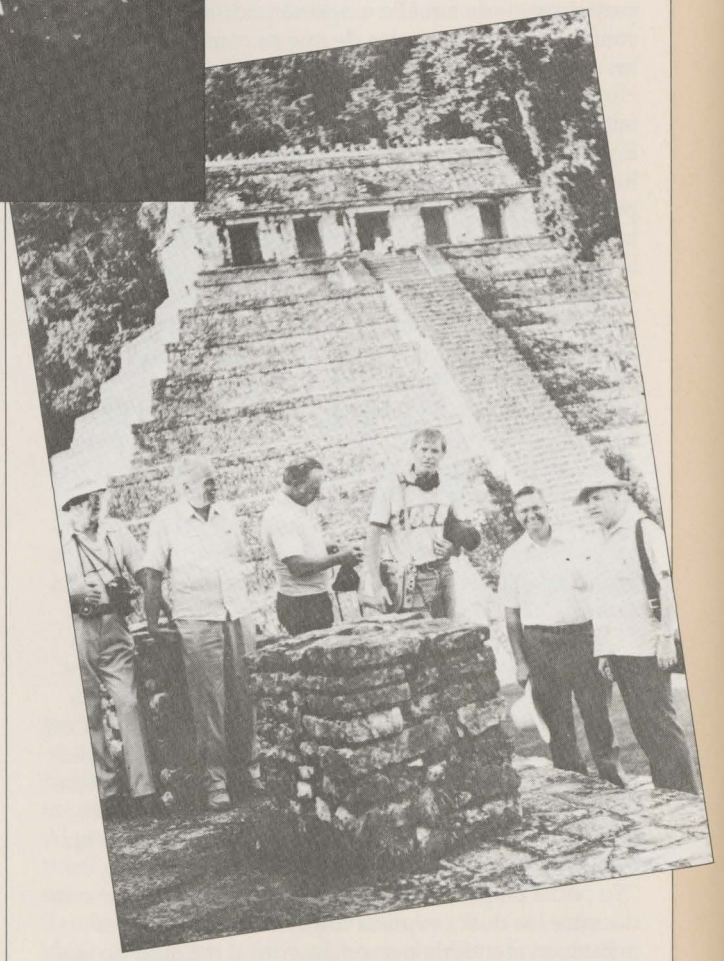
Con el transcurso del tiempo, el testimonio del élder Hunter ha llegado a ser una fuente de edificación para los demás. Por casi un tercio de su vida, él ha reafirmado con constancia y firmeza el mismo testimonio que expresó en la sesión final de la conferencia general del 11 de octubre de 1959, un día después de haber sido sostenido como miembro del Quórum de los Doce. "Poseo la firme y absoluta convicción de que Dios vive, de que Jesús es el Cristo y de que el evangelio fue restaurado en esta última dispensación por medio del profeta José Smith. De la veracidad de este hecho estoy convencido eternamente", declaró el élder Hunter.

"Acepto, sin ninguna reserva, el llamamiento . . . y estoy dispuesto a dedicar mi vida y todo lo que tengo a este servicio." Con absoluta integridad y amor, Howard W. Hunter ha cumplido con esta promesa. □



Izquierda: El élder Hunter en actitud de meditación en una sesión de una conferencia general.

Abajo derecha: De visita en unas ruinas de templos antiguos, en México. El élder Hunter aparece en el extremo derecho, y junto a él aparece el élder William R. Bradford, miembro del Primer Quórum de los Setenta.



LA FE PARA OBEDECER

por Sandra Stallings

Mientras servía en una misión en Bolivia enfrenté por primera vez lo que es la verdadera pobreza. Al observar las circunstancias tan difíciles por las que pasaba la gente a la que yo enseñaba, empecé a preguntarme cómo Dios podía exigirles a sus hijos el diezmo y que no trabajaran el día domingo.

La mayoría de ellos trabajaban doce horas al día, siete días a la semana, y aún así no podían pagar todas sus deudas. A menudo me sentía confundida al enseñar los Diez Mandamientos y la ley del diezmo. ¿Cómo se podía esperar que alimentaran a sus respectivas familias con el 90 por ciento de sus entradas, trabajando solamente seis días en vez de siete a la semana?

Durante cuatro meses y medio mis dudas permanecieron sin respuesta. Luego fui trasladada a la ciudad tropical de Santa Cruz, donde tuve una nueva compañera. La hermana Hurtado había sido misionera menos de una semana y supuse que debería enseñarle bastante sobre la obra misional.

En nuestra primera semana juntas le enseñamos a una familia la charla sobre los Diez Mandamientos. El matrimonio, junto con un hijo, trabajaban los domingos en su tienda familiar. Yo los había invitado a que asistieran a las reuniones dominicales, y enviaban al hijo que no ayudaba en la tienda. Consideraban que solamente podían darse el lujo de enviar a un miembro de la familia a la Iglesia.

Cuando les pedimos que se comprometieran a guardar los Diez Mandamientos, empezaron a dar las excusas de siempre. Yo sabía los problemas que enfrentaban para pagar sus obligaciones y no sabía cómo explicarles que había bendiciones que no se podían ver ni calcular al preparar el presupuesto del mes. Me sentía confusa. Entonces, con gran humildad, mi nueva compañera empezó a relatar la historia de la decisión que tomó su propia familia de obedecer los mandamientos.

Su madre era viuda y criaba a sus cuatro hijos con lo que ganaban de una pequeña tienda que administraban en su casa. El domingo era el día en que la familia vendía más. Vivían enfrente de un cine y mucha gente se detenía en su tienda para comprar golosinas. También vendían aceite de cocina, en envases grandes, y sus clientes siempre lo compraban el domingo.

Los misioneros enseñaron y bautizaron a toda la familia. Al domingo siguiente, después de sus bautismos, la hermana Hurtado le preguntó a su madre quién se quedaría en casa para atender la tienda. Se quedó asombrada al oir la respuesta: "Cerraremos la tienda todo el día; ahora somos miembros de la Iglesia del Señor y vamos a guardar los mandamientos".

La hermana Hurtado le recordó a su madre que perderían sus mejores ventas, pero ésta estaba firme ante su decisión de honrar el convenio hecho con el Señor.

Cerraron la tienda ese domingo, y todos los domingos desde esa fecha en adelante. Para sorpresa de la hermana Hurtado, no perdieron el negocio de las personas que compraban aceite los domingos, sino que los clientes aprendieron a ir otro día de la semana. Más aún, las ventas en general aumentaron pese a que la familia trabajaba seis días a la semana en vez de siete.

En el transcurso de las semanas, mi compañera repitió su historia muchas veces, y gradualmente empecé a entender por qué Dios requiere tanto de sus hijos. Al poner en práctica la fe necesaria para obedecer los mandamientos, en realidad nos ponemos en una posición en la que podemos recibir las bendiciones de Dios. Sus bendiciones no siempre son tangibles, pero El nos ayuda a sobreponernos a nuestros problemas.

Empecé a buscar gente que hubiera cultivado la fe y la hubiera hecho una parte poderosa en su vida, y descubrí muchos ejemplos. En Cochabamba escuché a una mujer compartir su testimonio sobre el diezmo. El mes anterior, después de pagar su diezmo y sus gastos mayores, fue muy poco lo que le quedó para comprar la comida del resto del mes. No sabía cómo podría sobrevivir, pero tenía fe en que el Señor le proveería.

En camino al mercado para ver qué podía comprar, se encontró a su sobrina, quien le pidió que la acompañara a comprar tela. La mujer la acompañó sin mencionar su embarazosa situación.

Mientras esperaba que su sobrina terminara sus compras, un hombre que pasaba exclamó: "¡Señora, va a perder su dinero!"

Asombrada, vio que el hombre apuntaba hacia su cartera. Al mirar hacia abajo vio mil pesos sobre su cartera. No había visto ni oído a nadie acercarse a ella; el dinero parecía haber venido de la nada.

Ese día su sobrina la invitó a almorzar, lo que ella aceptó agradecida. Una de sus hermanas le ofreció una bolsa extra de verduras y patatas y otra hermana también compartió generosamente sus alimentos con ella. Con todo eso tuvo lo suficiente para el mes.

Esos ejemplos me enseñaron que no debía preocuparme por el sacrificio que representaría para la gente el pagar su diezmo o guardar el día de reposo, sino que simplemente debía ayudar a la gente a desarrollar la fe y a ponerla a prueba. Si ellos podían desarrollar fe en las promesas del Señor, El les ayudaría a sobreponerse a cualquier problema o circunstancia.

A menudo recuerdo los muchos ejemplos del poder de la fe que pude ver en Bolivia. Nunca he estado en una situación en la que sabía que no tendría suficiente dinero para comer si pagaba mi diez-

mo. Mis pruebas son más sutiles. Pero me fortalezco cada vez que recuerdo que primero viene la obediencia a los mandamientos del Señor y la fe en sus promesas, y luego se reciben las bendiciones, de acuerdo con el grado de fe y de sacrificio. □

Sandra Stallings, escritora independiente, sirve como primera consejera en la Sociedad de Socorro de su barrio, en Salt Lake City.

HABLEMOS AL RESPECTO

Después de leer "La fe para obedecer" quizás desee considerar o analizar las siguientes preguntas o ideas:

1. ¿Cuáles mandamientos o principios del evangelio le parecen más difíciles de obedecer?
2. ¿En qué manera una fe mayor le permitiría hacer los sacrificios necesarios para obedecer esos mandamientos?
3. ¿Cómo ha experimentado en el pasado las bendiciones del Señor por ser obediente?
4. ¿Son siempre tangibles las bendiciones del Señor? ¿Qué otro tipo de bendiciones recibimos?
5. La resolución de obedecer a menudo acarrea como recompensa la habilidad de obedecer. ¿Cómo podría poner a prueba este principio en su vida?

Tallado por Gustave Doré

ASOMBRO ME DA

por Jeffrey R. Holland
presidente de la Universidad Brigham Young

Uno de nuestros himnos favoritos comienza con las palabras "Asombro me da". (*Himnos de Sión,* 46.) Al pensar en la vida de Cristo nos quedamos realmente asombrados. Nos asombra su papel premortal como el gran Jehová, agente de su Padre, creador de la tierra, guardián de toda la familia humana. Nos asombra su venida a la tierra y las circunstancias que rodearon su advenimiento. Nos asombra el milagro de su concepción y la pobreza de su nacimiento.

Nos asombra ver que cuando tenía sólo doce años de edad, ya estaba en los negocios de su padre. Nos asombra el comienzo formal de su ministerio, su bautismo y sus dones espirituales.

Nos asombra que dondequiera que El iba, las fuerzas del maligno le precedían y que lo conocían desde el principio. Nos asombra que Jesús echó fuera y venció estas fuerzas del mal al hacer que el cojo caminara, el ciego viera, el sordo oyera y el enfermo sanara. En verdad nos asombra todo movimiento y momento – tal como cada generación desde Adán hasta el fin del mundo ha de estarlo. Al meditar en el ministerio del Salvador, me pregunto: "¿Cómo lo hizo?"

Pero lo que más me asombra es cuando Jesús, en su intensa agonía al estar en la cruz, dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". (Lucas 23:34.)

Si jamás ha habido un momento que verdaderamente me haya causado asombro, es éste. Cuando pienso en El, soportando el peso de todos nuestros pecados y perdonando a aquellos que lo clavaron a la cruz, mi pregunta no es "¿*Cómo* lo hizo?", sino "¿*Por qué* lo hizo?" Al hacer un examen de mi vida en contraste con la misericordiosa vida de El, me doy cuenta de que no hago todo lo que debería para seguir el ejemplo del Maestro.

Para mí, esto es razón de asombro de primer orden. Me asombra lo suficiente su habilidad de sanar a los enfermos y de levantar a los muertos, pero yo mismo he tenido cierta experiencia en sanar en una forma limitada. Todos somos vasos menores, pero hemos sido testigos de los repetidos milagros del Señor en nuestras propias vidas, en nuestros propios hogares y con nuestra propia porción del sacerdocio. Pero, ¿misericordia? ¿Perdón? ¿Expiación? ¿Reconciliación? Muy a menudo, eso es algo diferente.

¿Cómo pudo perdonar a los que le atormentaban en ese momento? Con todo ese dolor, con la sangre que le brotaba por cada poro, aún pensaba en los demás. Esta es aún otra evidencia asombrosa de que en verdad era perfecto y que espera que nosotros también lo seamos. En el Sermón del Monte, antes de declarar que la perfección debería ser nuestra meta, mencionó un último requisito. Dijo: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen". (Mateo 5:44.)

De todas, esta es la cosa más difícil de hacer. Preferiría que se me pidiera resucitar a los muertos, o devolverle la vista a un ciego o aliviar una mano paralizada; preferiría hacer cualquier cosa que amar a mis enemigos y perdonar a aquellos que me lastiman a mí o a mis hijos o a los hijos de mis hijos, especialmente a aquellos que se ríen y gozan de la brutalidad de lastimar a otros.

La última cena, de Carl Bloch. El original se encuentra en la capilla del castillo de Frederiksborg, Dinamarca. Usado con permiso del museo de Frederiksborg.

La última cena, de Carl Bloch. El original se encuentra en la capilla del castillo de Frederiksborg, Dinamarca. Usado con permiso del museo de Frederiksborg.

La única persona perfecta y la más pura que ha vivido en esta tierra fue Jesucristo. El es la única persona en todo el mundo, desde Adán hasta este momento, que merecía adoración, respeto, admiración y amor, y sin embargo fue perseguido, abandonado y muerto. Pese a todo eso, no condenó a los que lo persiguieron.

Cuando nuestros primeros padres, Adán y Eva, habían sido expulsados del Jardín de Edén, el Señor "les mandó que adorasen al Señor su Dios y ofreciesen las primicias de sus rebaños como ofrendas al Señor". (Moisés 5:5.) El ángel le dijo a Adán: "Esto es una semejanza del sacrificio del Unigénito del Padre, el cual es lleno de gracia y de verdad". (Moisés 5:7.)

Este sacrificio servía como un recordatorio constante de la humillación y el sufrimiento que el Hijo soportaría para rescatarnos. Era un recordatorio constante de que no abriría su boca, que sería llevado como cordero al degolladero. (Véase Mosíah 14:7.) Era un recordatorio constante de la mansedumbre, misericordia y bondad –sí, el perdón– que habría de marcar la vida de todo cristiano. Por todas estas razones y más, esos corderos primogénitos, limpios y sin mancha, perfectos en todo aspecto, eran ofrecidos sobre esos altares de piedra, año tras año y generación tras generación, señalándonos hacia el gran Cordero de Dios, su Hijo Unigénito, su Primogénito, perfecto y sin mancha.

En nuestra dispensación, debemos participar de la Santa Cena –una ofrenda simbólica que refleja nuestro corazón quebrantado y nuestro espíritu contrito. (Véase D. y C. 59:8.) Al participar, prometemos "recordarle siempre, y guardar sus mandamientos, . . . para que siempre [podamos] tener su espíritu [con nosotros]". (D. y C. 20:77.)

Los símbolos del sacrificio del Señor, ya sea en los días de Adán o en los nuestros, son para ayudarnos a recordar que debemos vivir pacífica, obediente y misericordiosamente. Estas ordenanzas son para ayudarnos a recordar que debemos demostrar el evangelio de Jesucristo en nuestra longanimidad y bondad humana los unos para con los otros, tal como El nos lo demostró en esa cruz.

Pero a través de los siglos, pocos de nosotros hemos usado estas ordenanzas en la manera apropiada. Caín fue el primero en ofrecer un sacrificio inaceptable. Tal como el profeta José Smith observó: "Dios . . . preparó un sacrificio en el don de su propio Hijo que sería enviado en el debido tiempo para preparar el camino o abrir la puerta por la cual el hombre podría entrar en la presencia del Señor, de la cual había sido echado por su desobediencia . . . Por la fe en esta expiación o plan de redención, Abel ofreció a Dios un sacrificio aceptable de las primicias del rebaño. Caín ofreció del fruto de la tierra, y no fue aceptado porque . . . no podía ejercer una fe que se opusiera al plan celestial. La expiación a favor del hombre debe ser el derramamiento de la sangre del Unigénito, porque así lo disponía el plan de redención; y sin el derramamiento de sangre no hay remisión; y en vista de que se instituyó el sacrificio como tipo o modelo mediante el cual el hombre habría de discernir el gran Sacrificio que Dios había preparado, era imposible ejercer la fe en un sacrificio contrario, porque la redención no se logró de esa manera, ni se instituyó el poder de la expiación según ese orden . . . Ciertamente, por verter la sangre de un animal nadie se beneficiaría, a menos que se hiciese para imitar, o como tipo o explicación de lo que se iba a ofrecer por medio del don de Dios mismo; y esto debería hacer mirando hacia lo porvenir, con fe en el poder de ese gran Sacrificio para la remisión de los pecados". (*Enseñanzas del profeta José Smith*, págs. 63–64.)

Asimismo, muchas personas en nuestros días, un poco al estilo de Caín, regresan a sus hogares después de participar de la Santa Cena para arguir con algún miembro de la familia, mentir, engañar o enojarse con un vecino.

Samuel, un profeta en Israel, comentó cuán inútil es ofrecer un sacrificio sin honrar el significado del mismo. Cuando Saúl, rey de Israel, desafió las instrucciones del Señor al traer consigo, después de la guerra contra los amalecitas, "lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová [su] Dios", Samuel, con gran angustia, exclamó: "¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los

carneros". (1 Samuel 15:15, 22.)

Saúl ofreció sacrificio sin comprender el significado del mismo. Los Santos de los Ultimos Días que fielmente asisten a la reunión sacramental, pero que no son más misericordiosos, pacientes o perdonadores como resultado de ello, vienen siendo iguales a Saúl. Actúan automáticamente, sin una comprensión de los propósitos por los cuales estas ordenanzas fueron establecidas. Estos propósitos tienen como fin ayudarnos a ser obedientes y mansos en nuestra búsqueda por el perdón de nuestros pecados.

Hace muchos años, el élder Melvin J. Ballard enseñó que "nuestro Dios es un Dios celoso – celoso, no sea que alguna vez hagamos caso omiso, del mejor regalo que El nos ha dado, que lo olvidemos y que lo consideremos de poca importancia: la vida de su Hijo Primogénito."(*Melvin J. Ballard, Crusader for Righteousness,* Salt Lake City: Bookcraft, 1966, págs. 136–137.)

Entonces, ¿cómo podemos asegurarnos que nunca "ignoraremos u olvidaremos" el más grandioso de todos sus dones?

Podemos hacerlo mostrando nuestro deseo por una remisión de nuestros pecados y nuestra eterna gratitud por la súplica más ferviente jamás hecha: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Lo hacemos al unirnos a la obra de perdonar pecados.

"'Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo', [nos exhortó Pablo] (Gálatas 6:2) . . . La ley de Cristo, que es nuestro deber cumplir, es llevar la cruz. La carga de mi hermano, que yo debo sobrellevar, no es sólo su situación [y circunstancia] externa, . . . sino literalmente, su pecado. Y la única manera de sobrellevar ese pecado es perdonándolo . . . El perdón es el sufrimiento semejante al de Cristo, el cual todo cristiano tiene el deber de sobrellevar." (Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship,* 2a. edición, Nueva York: Macmillan, 1959, pág. 100.)

Seguramente la razón por la cual Cristo dijo: "Padre, perdónalos" fue porque, aun en esa terrible hora, El sabía que este era el mensaje que a través de toda la eternidad tenía que dejar. Todo el plan de salvación se habría perdido si él hubiera olvidado que no fue *a pesar* de la injusticia, brutalidad, crueldad y desobediencia, sino precisamente *por causa* de ellas, El había venido a extenderle perdón a la familia humana. Cualquiera puede ser afable y paciente y perdonar en un buen día, pero un cristiano debe ser afable y paciente y perdonar todos los días.

¿Hay alguien en vuestra vida que tal vez necesite perdón? ¿Hay alguien en vuestra casa, en vuestra familia, en vuestro vecindario que haya hecho algo injusto, cruel o indigno de un cristiano? Todos somos culpables de tales transgresiones, así que seguramente hay alguien que necesita vuestro perdón.

Y por favor no preguntéis si es justo que las víctimas tengan que sobrellevar la carga del perdón por el ofensor. No preguntéis si la "justicia" no demanda que sea lo contrario. No, cualquier cosa que hagáis, no pidáis justicia. Vosotros y yo sabemos que lo que demandamos es misericordia, y eso es lo que debemos estar dispuestos a dar.

¿Vemos la trágica ironía de no darles a los demás lo que nosotros mismos tanto necesitamos? Tal vez el acto más sublime, sagrado y puro sería decir, ante la crueldad y la injusticia, que amáis aún más a vuestros enemigos, bendecís a los que os maldicen, hacéis bien a los que os aborrecen, y oráis por los que os ultrajan y os persiguen. (Véase Mateo 5:44.) Este es el exigente camino hacia la perfección.

Un prominente ministro escocés escribió:

"Ningún hombre que no está dispuesto a perdonar a su semejante puede esperar que Dios esté dispuesto a perdonarle a él . . . Si Dios dijera 'Te perdono' a un hombre que odia a su hermano, y si (aunque sería imposible) esa voz de perdón llegara a ese hombre, ¿qué significaría para él? ¿Cómo lo interpretaría? ¿Significaría para él: 'Puedes seguir odiando, a mí no me importa. Se te ha provocado y estás justificado en tu odio'?

"Sin duda Dios toma en cuenta lo que se ha hecho mal y la provocación que ha habido; pero cuanto mayor la provocación, mayor la excusa que se puede justificar por el odio existente, mayor la razón . . . para que el que odia deba [perdonar y] ser librado del infierno de su [ira]." (*George MacDonald, An Anthology,* editado por C. S. Lewis, Nueva York: Macmillan, 1947, págs. 6–7.)

Cristo consuela a un hombre pobre. El original se encuentra en la capilla del castillo de Frederiksborg, Dinamarca. Usado con permiso del museo de Frederiksborg.

Recuerdo que hace unos años vi una situación que tenía lugar en el aeropuerto de Salt Lake City. Ese día, bajé del avión y caminé hacia la terminal. Inmediatamente se hizo obvio que un misionero regresaba a su hogar por la apariencia de todos los amigos y parientes que llenaban el aeropuerto.

Traté de identificar a los miembros de la familia inmediata. Había un padre que no se veía particularmente cómodo; llevaba un traje que no le sentaba muy bien y un tanto anticuado. Parecía ser un hombre que trabajaba la tierra, ya que tenía la piel bronceada y manos grandes y agrietadas por el trabajo. Su camisa blanca estaba algo desgastada, y probablemente nunca la usaba más que los domingos.

Había una madre bastante delgada, que parecía haber trabajado muy arduamente durante su vida. Traía un pañuelo en la mano –uno que creo que alguna vez fue de lino, pero que ahora parecía un pañuelo desechable. Estaba deshilachado por la anticipación que sólo la madre de un misionero que vuelve a casa puede conocer.

Dos o tres hermanos menores corrían por ahí, totalmente ajenos a la situación que se desenvolvía.

Pasé por donde ellos estaban y me dirigí hacia el frente de la terminal, pero luego pensé: "Este es uno de los dramas humanos especiales en nuestra vida. Quédate y gózalo". Así que me detuve y me fui hacia atrás de la gente para observar. Los pasajeros empezaban a descender del avión.

Empecé a preguntarme quién sería el primero en apartarse del grupo para darle la bienvenida al misionero, y una mirada al pañuelo de la madre me convenció que tal vez sería ella.

Mientras permanecía sentado ahí, vi al misionero que empezaba a bajar las escaleras del avión. Sabía que era él por los chillidos de emoción del grupo. Se veía como el capitán Moroni, limpio y apuesto y erguido y alto. Indudablemente había llegado a apreciar el sacrificio que esa misión había significado para sus padres, y esto lo había convertido exactamente en el misionero que parecía ser. Traía el pelo recién cortado para su viaje a casa; su traje, aunque algo gastado, estaba limpio, y su ligeramente desgastada gabardina aún lo protegía del frío del que su madre tantas veces le había advertido que se cuidara.

Llegó al final de la escalera y se encaminó hacia el edificio del aeropuerto y entonces, tal como lo imaginé, alguien no pudo esperar más. No fue su madre, ni ninguno de los niños, ni siquiera la novia que estaba parada ahí cerca. Fue su padre. Ese hombre grande, callado y bronceado se abrió paso entre la multitud y corrió y tomó a su hijo entre sus brazos.

El misionero probablemente medía 1.9 m., pero ese padre robusto lo agarró, lo levantó en vilo, teniéndolo entre sus brazos por mucho, mucho tiempo. Sólo lo abrazaba, sin decir palabra. El joven soltó su portafolios, puso sus brazos alrededor de su padre, y permanecieron abrazados. Parecía como si toda la eternidad se hubiese detenido, y, por un precioso instante, el aeropuerto de Salt Lake City era el centro del universo. Era como si todo el mundo hubiese enmudecido como muestra de respeto por tan sagrado momento.

Pensé entonces en Dios, el Eterno Padre, al ver a su hijo salir a servir, a sacrificarse cuando no tenía que hacerlo, costeándose sus propios gastos, por decirlo así, costándole todo lo que había ahorrado durante toda su vida. En ese precioso momento, no era difícil imaginar a ese Padre decir con cierta emoción a aquellos que podían escuchar: "Este es mi Hijo Amado, en quien tengo complacencia". También era posible imaginar a ese hijo que regresaba triunfante, decir: "Consumado es. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Aun con mi limitada imaginación, puedo ver esa reunión en los cielos; y ruego por una semejante para vosotros y para mí. Ruego por reconciliación y perdón, por misericordia y por el progreso y carácter cristianos que debemos desarrollar si queremos gozar plenamente de tal momento.

Me asombra que, aun para un hombre como yo, lleno de egoísmo, transgresión, intolerancia e impaciencia, haya una posibilidad. Pero si he oído las "buenas nuevas" correctamente, en verdad hay una posibilidad –para mí y para vosotros, y para todos los que estén dispuestos a seguir con la esperanza y a seguir esforzándose y a brindarles a otros el mismo privilegio. □

Sorpresa me da que quisiera Jesús bajar
Del trono divino mi alma a rescatar . . .
Contemplo que él en la cruz se dejó clavar.
Pagó mi rescate, no puédolo olvidar;
No, no, sino que a su trono yo oraré,
Mi vida y cuánto yo tengo a él daré . . .
Oh sí, asombro es, siempre para mí.
(*Himnos de Sión*, Núm. 46.)

En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

De un discurso a los obreros del Templo de Salt Lake, el 24 de noviembre de 1985.

Cristo sanando a un hombre ciego. El original se encuentra en la capilla del castillo de Frederiksborg, Dinamarca. Usado con permiso del museo de Frederiksborg.

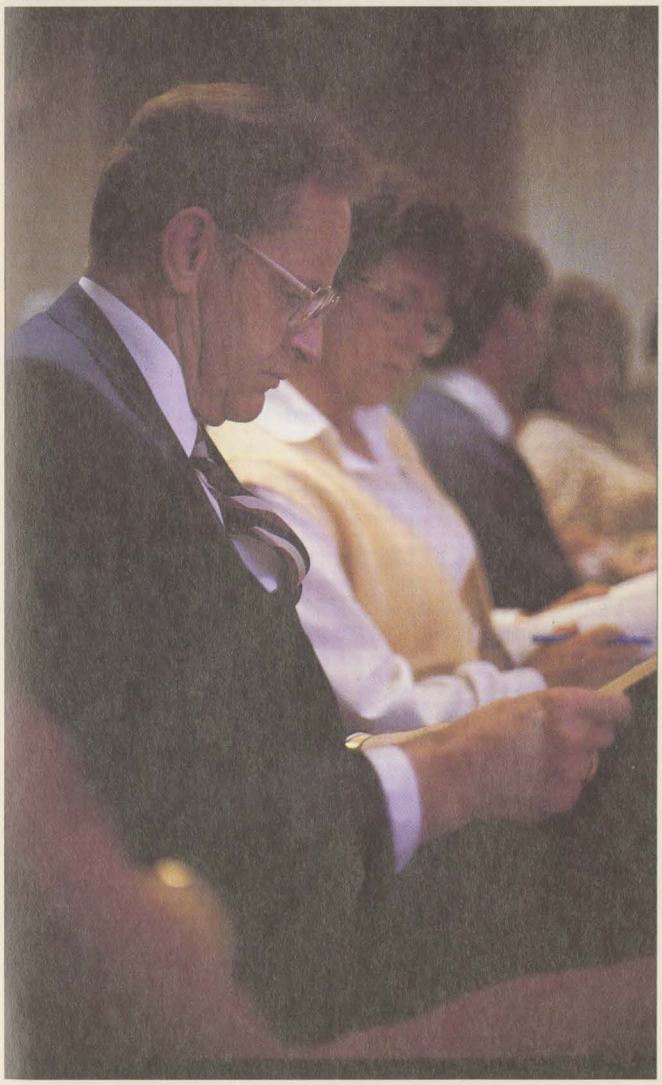
CARTEL MORMÓN

IRRADIEMOS NUESTRA PROPIA BELLEZA

"Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón."
(1 Samuel 16:7.)

EL OBISPO

por el obispo Robert D. Hales
Obispo Presidente



A menudo, cuando pensamos en el obipo, nos lo imaginamos al frente de sus funciones administrativas, o sentado en el estrado en la reunión sacramental, como el oficial del sacerdocio que preside el barrio; pero pocas veces, tal vez, reparamos en la relación personal que él tiene con cada uno de nosotros.

Nuestros obispos se ocupan de visitar y satisfacer las necesidades de las viudas, los pobres, los enfermos y los mentalmente deficientes y que se encuentran recluidos en sus hogares, en hospitales y en otras instituciones. El obispo es esa persona que también escucha muchos de nuestros problemas y nos ayuda a buscar su solución,

sabiendo que la oposición y las pruebas de esta vida nos fortalecen y nos ayudan a desarrollar la fe y ejercer el libre albedrío.

¿Quién es el obispo? ¿Cuáles son sus llamamientos y sus deberes? ¿Cuál debería ser nuestra relación personal con nuestro obispo?

Las llaves y los deberes de un obispo

Si llegamos a comprender, primero que todo, lo que significan las llaves que se le dan a un obispo cuando se le llama, ordena y aparta para servir, podremos entender mejor qué clase de relación debemos tener con él. (Por supuesto que todo esto también se aplica en general a todos los presidentes de rama de la Iglesia.)

El es el presidente del Sacerdocio Aarónico

El oficio y llamamiento de un obispo es importante para todo miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. No obstante, el llamamiento que él tiene como presidente del Sacerdocio Aarónico tiene un significado muy especial para los jóvenes de ambos sexos. Los obispos son conscientes de que su responsabilidad primordial es la de velar por los jovencitos del Sacerdocio Aarónico y las jovencitas de su barrio.

"El obispado es la presidencia de este sacerdocio [el Aarónico], y posee las llaves o autoridad del mismo" (D. y C. 107:15).

"Y también el deber del presidente del Sacerdocio de Aarón es presidir a cuarenta y ocho presbíteros, sentarse en concilio con ellos y enseñarles los deberes de su oficio, cual se indica en los convenios.

"Este presidente ha de ser un obispo, porque éste es uno de los deberes de este sacerdocio." (D. y C. 107:87–88.)

Además de ser presidente del Sacerdocio Aarónico, el obispo es responsable de otras cuatro áreas, de las que se habla a continuación.

El es el sumo sacerdote presidente

"El obispo es el oficial presidente de su barrio . . . y los demás que son miembros de su barrio están sujetos a su presidencia . . .

" . . . debe ser estimado en su posición, la cual se debe tener por sagrada en los pensamientos de los que obran con él . . .

"Un obispo normal dedica todo su tiempo y esfuerzos al mejoramiento de aquellos a quienes preside. El obispo no debe intentar hacer toda la obra que se precise efectuar en su barrio." (Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, Salt Lake City: Deseret Book Co., 1978, págs. 179–180, 182).

Debemos honrar a nuestro obispo y seguir sus consejos. El necesita nuestro apoyo en la administración de los asuntos de la Iglesia y en el hermanamiento de los miembros del barrio, lo cual debemos hacer con amor y con el sincero deseo de brindar amistad.

El es un juez común

"Y también para ser juez en Israel, para tramitar los asuntos de la iglesia y sentarse a juzgar a los transgresores, según el testimonio que fuere presentado ante él de conformidad con las leyes, con la ayuda de sus consejeros que haya escogido o escogerá de entre los élderes de la iglesia.

"Este será el deber de un obispo . . .

"Así que, será un juez, sí, un juez común entre los habitantes de Sión, o cualquier rama de la iglesia . . . " (D. y C. 107:72–74.)

El papel que desempeña un obispo como juez común no consiste simplemente en escuchar nuestras confesiones y determinar qué medidas se habrán de tomar con respecto a nuestras transgresiones. El obispo nos sirve como consejero, siempre y cuando estemos dispuestos a escucharlo. El puede ayudarnos a arrepentirnos o a abandonar nuestras transgresiones, para que podamos sentirnos mejor acerca de nosotros mismos y también cómodos en la presencia del Espíritu Santo, quien nos guiará y nos consolará. Al final de todo, es el Señor quien nos perdonará cuando hayamos superado nuestras transgresiones.

El cuida de los pobres mediante los servicios de bienestar

"Y el obispo . . . debe viajar . . . buscando a los pobres para suministrarles sus necesidades, al humillarse los ricos y los orgullosos" (D. y C. 84:112.)

"Se han dado a los obispos todos los poderes y responsabilidades necesarios para el cuidado de los pobres, en la forma en que el Señor lo especifica en Doctrina y Convenios . . .

"Por la palabra del Señor, él es quien tiene la obligación de cuidar y abastecer a los necesitados de la Iglesia . . . No importa a cuántos pueda delegarlo [el deber], él aún tiene la responsabilidad." (J. Reuben Clark, hijo, citado por Marion G. Romney en "El rol del obispo en los Servicios de Bienestar", *Liahona*, feb. de 1978, pág. 14.)

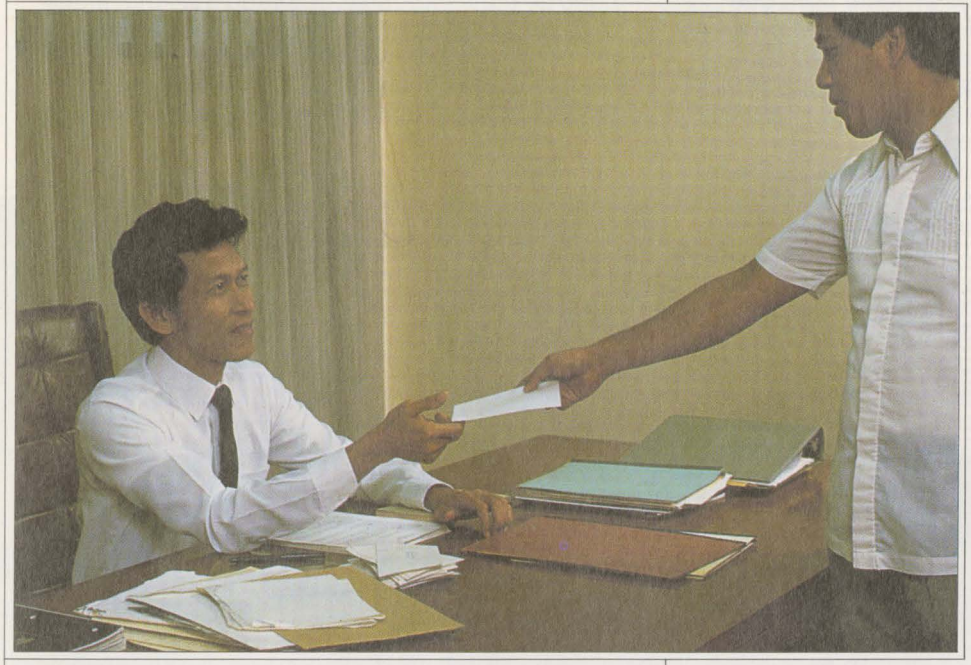
Los asuntos temporales

"Porque el oficio de obispo consiste en administrar todas las cosas temporales" (D. y C. 107:68.)

El obispo es responsable de la administración

económica, los registros y las propiedades del barrio.

El obispo recibe los diezmos y ofrendas de los miembros del barrio, y al final de cada año tenemos una entrevista con él para realizar un ajuste anual de diezmo, en donde declaramos si hemos pagado un diezmo completo. La buena voluntad que tengamos al pagar el diezmo es una buena indicación de nuestro compromiso espiritual de vivir los mandamientos del Señor.



Nuestra relación personal con el obispo

La experiencia me ha enseñado que la relación personal que tengamos con nuestro obispo a menudo indica el tipo de relación que tengamos con el Señor. El papel que cumple el obispo en nuestra vida es el de un maestro, un consejero y un asesor. Con frecuencia pensamos que sólo debemos acudir al obispo cuando tenemos algún problema o cuando hemos hecho algo incorrecto. Sin embargo, podemos tener una entrevista con él para hablar sobre nuestros planes para el presente y futuro. Nos sirve de gran ayuda el hacer un acuerdo con nuestro obispo, a fin de poder esforzarnos juntos para realizar algunos planes, como los de ir a una misión o prepararnos para el matrimonio en el templo.

A continuación se dan algunas sugerencias de cómo podéis ayudar al obispo y mejorar vuestra relación personal con él:

1. *Proponeros saludar al obispo todos los domingos.* No hay obsequio más grande que se le pueda dar al obispo que el de saludarlo cordialmente y hacerle saber de esa forma que todo marcha bien en vuestra vida. En realidad, el sólo hecho de asistir a las reuniones los domingos lo ayudará a él a darse cuenta de cómo os sentís personalmente y la actitud que tengáis hacia él.

2. *Invitadlo a asistir a algunas de vuestras actividades de los jóvenes.* Recuerdo que cuando yo era obispo de un barrio, fui cierta vez a un campamento y me quedé dormido en la parte de atrás del autobús. Por ahí tengo una foto en la que aparezco dormido, con una flor silvestre en la boca, que la tenía abierta cuando me fotografiaron. Mis propios hijos participaron en la graciosa broma. Nos sentimos más unidos después de aquellas actividades en las que los chicos me vieron sin mi traje oscuro del domingo y pudimos disfrutar juntos de algunos momentos de esparcimiento. Si el obispo sabe cuánto lo queréis y deseáis estar con él, se esforzará por encontrar el tiempo para participar en vuestras actividades especiales.

3. *Invitadlo ocasionalmente a que participe en las reuniones de quórum y en las clases.* Algunos de los intercambios más productivos de que he disfrutado con los jóvenes han tenido lugar cuando ellos han preparado con anticipación varias preguntas para resolverlas junto con su obispo durante un período de clase. Aunque el obispo tiene la asignación específica de reunirse con el quórum de presbíteros cada domingo, algunas veces puede reunirse con otros también.

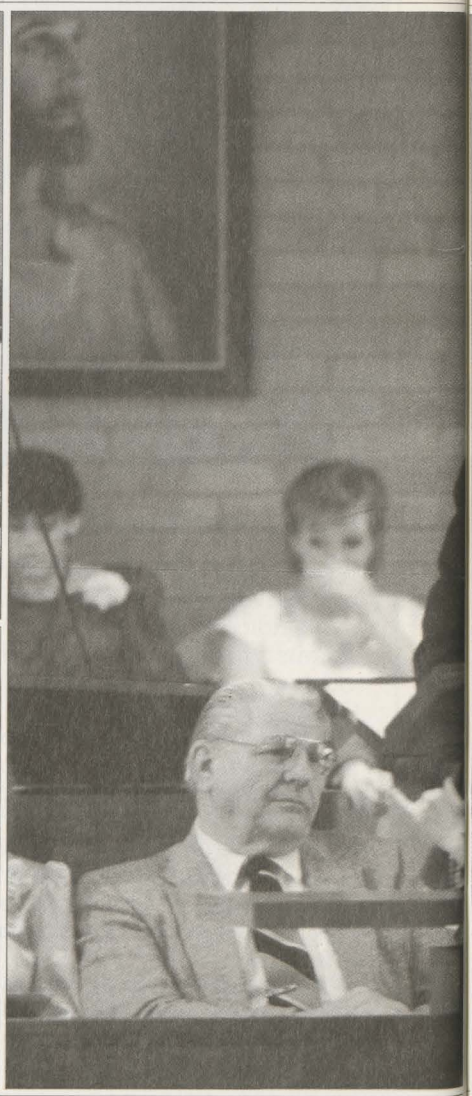
4. *Fijad una entrevista con el obispo cuando estéis preparados para hablarle sobre las metas de vuestra vida.* No debéis sentir temor de hablar con él, con toda confianza, tanto sobre vuestras metas como sobre vuestras preocupaciones. Os ayudaría el hablar también con vuestros padres antes de acudir al obispo, puesto que ellos también representan un vínculo muy importante con vuestros planes eternos. Si os parece difícil comunicaros con vuestros padres, debéis permitir que el obispo

los ayude a abrir una línea de comunicación con ellos.

5. *Participad en la enseñanza, el bautismo o activación de algún amigo.* La obra misional más grande que lograréis realizar en vuestra vida será la de ser buenos ejemplos para vuestros amigos. Debéis presentarle al obispo a vuestros amigos menos activos o que no son miembros, para que ellos puedan sentir ese amor y consideración especial que él les brindará. El comité del obispado para la juventud puede ayudaros a pensar en algunas maneras de acercarlos al Señor para que puedan experimentar por sí mismos el don del Espíritu Santo. No existe gozo más grande en esta vida que compartir el evangelio con los demás.

Cuando servía como obispo de barrio, recuerdo que mi relación personal con los jóvenes llegó a su máximo esplendor cuando confiábamos el uno en el otro y nos comunicábamos abiertamente. Por ejemplo, empleé un enfoque que requería la participación de los jóvenes varones para determinar si eran dignos de administrar la Santa Cena. Hablamos de que la Santa Cena era una ordenanza sagrada y de la obligación que tenían los poseedores del Sacerdocio Aarónico de ser dignos a fin de poder administrarla. En lugar de sobrecargar al obispo con la responsabilidad de decidir quién era digno de participar, pedí que cada diácono, maestro o presbítero me avisara cuando no fuese digno. Entonces, juntos él y yo, trabajábamos para resolver el problema antes de que se hiciera más grande. Así era como teníamos una relación muy bue-

El obispo está en su cargo para ayudarles, guiarlos, escucharlos, mantener en confidencia lo que le digan, y para fortalecerlos en su relación con el Señor, que también es su Amigo.

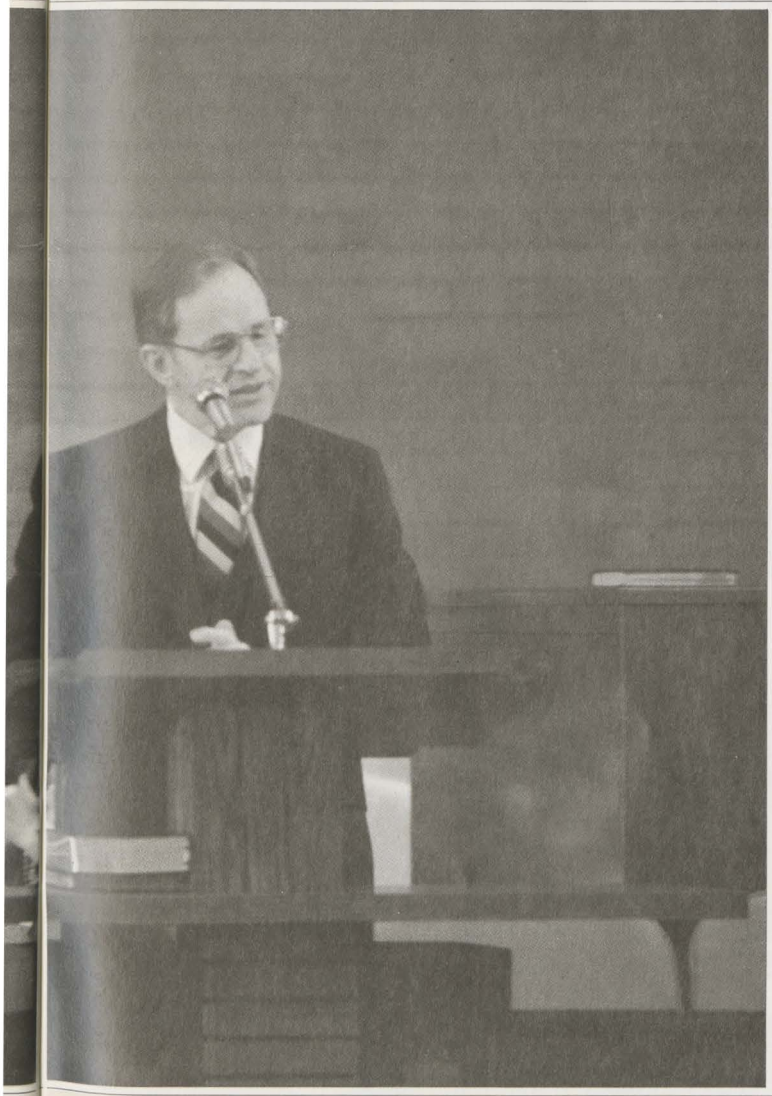


Fotografía por Jed Clark y Brian Wilcox

na que estaba basada en la confianza mutua.

Otro ejemplo fue con las jovencitas. Cuando cada jovencita cumplía dieciséis años, nos sentábamos a conversar sobre sus pensamientos y preocupaciones con respecto a su relación con el sexo opuesto. Juntos, cada jovencita y yo, repasábamos sus metas eternas y yo le aconsejaba que las compartiera con sus padres y las recordara siempre al relacionarse con los muchachos. Conforme han pasado los años, varias jovencitas me han dicho lo mucho que les ayudaba recordar su entrevista con el obispo a los dieciséis años y las promesas que se habían hecho a sí mismas y con el Señor para alcanzar sus metas eternas.

Una cosa más que me gustaría deciros es que, al haber servido tres veces como obispo, tuve la oportunidad de vivir experiencias completamente diferentes. No sólo asumí esa responsabilidad cada vez con un cúmulo de experiencias y preparación distintas, según la etapa de vida en la que me encontraba, sino que en las tres situaciones las necesidades específicas de los miembros y las del barrio como unidad eran únicas.



Hubo ocasiones en las que necesitaba mostrar compasión y misericordia; otras veces tuve que ser firme. Algunos barrios necesitan ayuda en su administración económica, otros en aspectos de organización, y otros simplemente necesitan un sentido de hermandad. Pero lo que sí he aprendido es que Dios llama a cada obispo para satisfacer las necesidades particulares de esa unidad durante el período que sirva.

Lo mismo puedo decir con respecto a la obra que un obispo realiza con cada individuo. Se le llama para ayudaros, guiaros, escucharos, guardar confidencias y fortaleceros en vuestra relación con el Señor, quien es también vuestro amigo. Es posible que todo lo que necesitéis de vuestro obispo sea que os reafirme y os recuerde vuestras metas y promesas de orar, leer las Escrituras, guardar los mandamientos, dar servicio a otros y fortalecer vuestro testimonio.

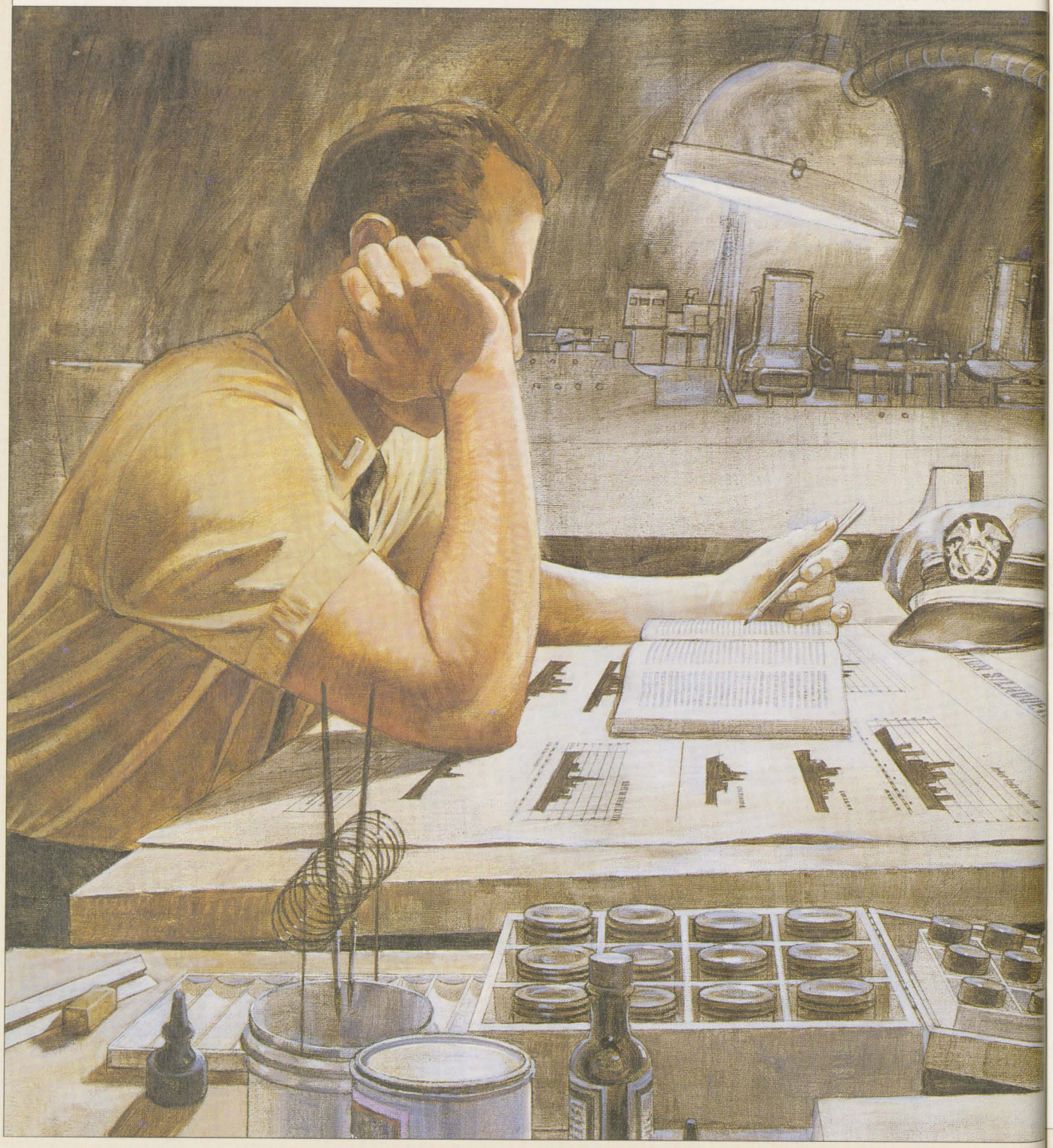
Pero aún siendo vuestro amigo, vuestro consejero y vuestro juez, es posible que también tenga que llamaros al arrepentimiento, de la misma manera que el Señor nos manda que nos arrepintamos y nos recuerda las consecuencias del pecado. El obispo hará esto *porque* os ama y quiere que os sobrepongáis a vuestros problemas. Se trata de un acto de amor, una oportunidad de aclarar las cosas. Una vez que acudáis a vuestro obispo, no menospreciéis su consejo. El Señor lo inspirará y lo guiará para que nos ayude a encontrar las respuestas que necesitéis.

"[Recibe] consejo del que yo he nombrado", dice el Señor. " . . . No resistas más mi voz" (D. y C. 108:1–2).

Así es, el obispo es un hombre muy ocupado; tiene que velar por su familia y atender su profesión, tanto como estar al tanto de su barrio. Tiene que ayudar a la gente a resolver muchos problemas, pero recordad que os ama y que desea ayudaros a tener éxito en vuestras metas eternas.

Para mí ha representado un enorme gozo servir como obispo, especialmente al tratar a tantos jóvenes magníficos de nuestra Iglesia. Vosotros sois líderes del mañana, que un día llegaréis a ser obispos y esposas de obispos. Que el Señor os bendiga para que os preparéis para ese día, tal y como dice el himno: "Cantad, juventud bendita: ¡A vencer, a vencer, a vencer!" (*Himnos de Sión* No. 56). □

PROGRESEMOS HAC



Ilustrado por Jerry Thompson

CIA EL BIEN

por Richard G. Ellsworth

No hace mucho tiempo, mientras conversaba con una de mis hijas casadas sobre una experiencia espiritual que tuvo uno de nuestros antepasados, ella me preguntó: "¿Por qué los pioneros parecen haber tenido tantas experiencias espirituales y nosotros tan pocas? ¿No deberíamos tener nosotros la misma clase de experiencias que ellos tuvieron?"

Quizás ustedes se hayan hecho la misma pregunta; la mayoría de nosotros se la hace tarde o temprano. Deseo atestiguar de la realidad, la accesibilidad, el propósito y lugar que ocupan las experiencias espirituales en nuestra vida. Deseo testificar que el tener una experiencia espiritual es algo real, que está al alcance de todos, y nos proporciona la verdad y el poder para influir y cambiar nuestra vida si nos ubicamos en una situación que nos permita recibirla. Existe una dimensión espiritual; de hecho, nuestra dimensión terrenal no es más que una pequeña porción de una realidad mucho mayor que nos rodea y que sobrepasa nuestro conocimiento. Dentro de nuestro cuerpo mora nuestro espíritu, un ser celestial programado para responder a la dimensión espiritual.

Quizás por el hecho de que la maldad sea más ofensiva a nuestro espíritu notemos su presencia con más facilidad. A menudo podemos percibir los pensamientos o intenciones malignas que nos rodean.

Nuestro espíritu se retira del mal

Recuerdo cuando era joven y salí de mi hogar para servir en la Marina de los Estados Unidos. Mi abuela me advirtió que el Espíritu del Señor no me acompañaría a lugares donde existiera la maldad, lo cual descubrí muchas veces cuando mis obligaciones militares requerían que yo estuviera en lugares donde la maldad prevalecía en el corazón de los hombres. Nosotros, es decir, nuestro espíritu, sí se retira del mal, por lo menos hasta que llegamos a acostumbrarnos tanto a su presencia que perdemos la habilidad de sentirnos ofendidos y, de hecho, llegamos a insensibilizarnos ante su presencia.

La bondad también se puede percibir al igual que la maldad, pero siendo que no nos causa tanto impacto es más fácil que no la notemos. Sin embargo, la bondad es poderosa, mucho más poderosa que la maldad. La bondad es santa; se siente tan bien ser honrado, y ¿no hemos experimentado todos el dulce alivio que se siente al ser perdonados? El perdón es divino. El arrepentimiento es un importante principio del evangelio de Jesucristo, porque nos limpia nuevamente y pone nuestro espíritu en armonía con aquello que es bueno. Inevitablemente la bondad testifica de Jesucristo, y se fortalece nuestro testimonio de verdades eternas.

Testimonio de la verdad.

Por ejemplo, el testimonio de la veracidad del Libro de Mormón lo obtuve cuando era joven por el deseo que tenía de ser protegido del mal con un escudo de bondad. Fue durante la Segunda Guerra Mundial, cuando como joven marino se me asignó a la base aeronaval de Anacostia, en Washington.

Una de mis tareas era la de participar en la producción de películas de entrenamiento que identificaban la forma y el contorno de los barcos y aviones enemigos. Estas películas se producían en un gran edificio parecido a un granero, que contenía un escenario grande y plano y estaba lleno de maquetas, modelos, figuras y otros aparatos.

Ilustrado por Jerry Thompson

La mayor parte del tiempo nos manteníamos muy ocupados, pero casi al final de la guerra pasamos varias semanas sin ninguna asignación. Finalmente, todos los que trabajaban conmigo recibieron otras asignaciones, pero por alguna razón a mí me dejaron en el edificio, tal vez para vigilar el equipo. Al principio disfrutaba enormemente de mi libertad; era agradable no tener nada que hacer. Habían cortado toda la electricidad de aquel lugar, con la excepción de un enchufe en el que se había conectado una pequeña lámpara que descansaba sobre una mesa. Además, había una silla de madera donde me podía sentar si lo deseaba. El resto del edificio estaba todo obscuro. Durante varios días, abrí la puerta para que entrara la luz y me sentaba afuera, en la vieja silla, a disfrutar de aquella soledad. Pero pronto me empecé a aburrir.

Había sido criado en la Iglesia por padres abnegados que me habían enseñado el evangelio, pero yo nunca había leído completamente el Libro de Mormón. Un día, mientras descansaba sin hacer nada, decidí que ese era un momento oportuno para leerlo. Así que esa misma tarde traje de mi dormitorio mi pequeño Libro de Mormón que daban a los militares y, deseando estar a solas, entré en el edificio, encendí la pequeña lámpara que estaba sobre la mesa y empecé a leer. Recuerdo cuánto me impresionaron esas primeras palabras, "Yo, Nefi, nací de buenos padres . . . " (1 Nefi 1:1).

Seguridad a mi alma

A medida que pasaron los días, leí el libro palabra por palabra, y mi alma, ya capacitada para reconocer la bondad y la verdad, empezó a responder al testimonio de los profetas. ¡Nunca había tenido una experiencia semejante! Leí lenta y devotamente, saboreando cada palabra y deseando que nunca acabara. Experimenté sentimientos que ni siquiera sabía que existían y, al final, cuando leí la admonición de Moroni al terminar el libro, sentí un gran deseo de poner a prueba sus palabras, de pedir una confirmación espiritual aun mayor que la que sentía en esos momentos. Recuerdo que cerré las puertas de ese inmenso edificio y me interné en él para luego arrodillarme en la obscuridad sobre aquel frío piso de cemento, con la frente recostada en el duro asiento de la silla de madera, y allí le dije al Señor que creía en las palabras de Moroni y le pedí que fortaleciera mis creencias para que se convirtieran en conocimiento.

Nunca olvidaré lo que pasó. Lo he sentido muchas veces desde aquel día. Me di cuenta de que estaba rodeado de un poder superior a mí, el cual me había sobrecogido enteramente. Era tranquilo, claro e indescriptiblemente poderoso. Me parecía blanco y exquisito, como el fruto del árbol de la vida de que habló Nefi (véase 1 Nefi 8:11). Me llenó completamente y lo retuve durante varios días. No se trataba de una fuerza ofensiva o inquietante, como sucede con el poder de la maldad, sino que era dulce y llenaba mi alma de seguridad. Supe que el libro era verdadero.

A nuestra disposición

Este tipo de testimonio, que es una verificación espiritual real, está al alcance de todos nosotros, no importa cuándo ni dónde vivamos. No necesitamos haber sido pioneros para saber que el Libro de Mormón es verdadero o que el evangelio es verídico, sino que necesitamos estar espiritualmente accesibles y conscientes. Estoy seguro que el Señor obra por intermedio de nosotros, ya seamos espiritualmente conscientes o no, pero me parece una lástima no escuchar la música ni disfrutar de la orquestación. No debemos temer a estas cosas ni evitarlas; por el contrario, debemos tener el deseo de probarlas. Son nuestras por derecho de herencia y actuación. Como Santos de los Ultimos Días, hemos efectuado las ordenanzas, o por lo menos algunas, y hemos recibido el don del Espíritu Santo, que nos da el derecho a recibir experiencias espirituales, pero debemos vivir dignos de merecerlas.

La clase de experiencia espiritual valiosa a la que nos referimos no se puede lograr sin ningún esfuerzo. Debe existir un propósito, una necesidad y una gran determinación de vivir rectamente. Debe existir humildad y un gran deseo.

¡Cómo he admirado ese espíritu de inteligencia pura que a menudo inundaba a mi buen padre cuando enseñaba el evangelio de Jesucristo! Cómo he orado y he deseado poseer esa sensibilidad

espiritual que caracterizaba a mi bisabuelo, un hombre que vio ángeles y habló con Dios. Cuando me he esforzado por vivir de la mejor manera posible, he llegado a sentir esos dones, igual que ellos. Se nos dan la promesa y el poder de partir el velo, aun como el hermano de Jared, o Moroni, o Nefi, o Pablo, o José Smith, o mi padre o mi bisabuelo, y cuando esto sucede, se presenta ante nosotros una experiencia exquisita, espléndida e inolvidable.

Vi a mi hijo antes de que naciera

Una tarde, ya hace muchos años, mi esposa y yo nos sentamos a descansar. Los niños ya se habían acostado y nosotros conversábamos, mientras esperábamos el nacimiento de un nuevo bebé. Mi esposa, avanzada en su embarazo, estaba sentada al lado de la mesa. Conversábamos en voz baja, sabiendo que el bebé llegaría esa noche, y en medio de aquella quietud y penumbra podíamos regocijarnos en el amor que sentíamos el uno por el otro y por el bebé que vendría. Recuerdo haber mirado a mi esposa, sentada en la mecedora, con los ojos cerrados, y con sus pálidas manos reposadas sobre su vientre. El sentimiento que ambos tuvimos en ese momento fue sumamente agradable; y a medida que se prolongaba, se hacía más poderoso. Le pregunté:

–¿Sientes todo esto que nos rodea?

Su respuesta fue:

–Sí.

Fue hermoso estar con ella en ese momento; reinaba un sentimiento de dulce intimidad, de una unidad indescriptible.

–¿Te das cuenta de que vamos a tener un varón? –le dije.

–Sí, lo sé –contestó–; será un niño.

Entonces, a través del velo, vi a nuestro hijo, de pie, esperando, a poca distancia de la mecedora donde estaba mi esposa. Era alto y apuesto; me parecía más alto y más grande de lo normal. Irradiaba poder en su persona, un gran poder, bondad, paciencia y amor.

–¿Lo ves parado allí a tu lado? –pregunté.

Nuevamente se intensificó ese exquisito sentimiento de cercanía y unidad. Me miró, confiada, con una leve sonrisa en los labios.

–No necesito verlo–me dijo–; sé que él está aquí.

Hermanos y hermanas, las experiencias espirituales son algo real, y están a nuestro alcance para proporcionarnos el conocimiento y el poder para influenciar, controlar y cambiar nuestras situaciones. Por ejemplo, la oración es o debe ser una experiencia espiritual. Se nos promete revelación por medio de la oración, y cómo necesitamos ayuda del otro lado del velo en nuestra vida cotidiana, en nuestras decisiones y trato con los demás, en nuestro noviazgo, en nuestro matrimonio y como padres. Estas son cosas eternas relacionadas con nuestro progreso eterno y nuestra exaltación.

No estamos solos

Cuántas veces mis esposa y yo nos hemos arrodillado para orar en busca de confirmación y ayuda en nuestras necesidades y decisiones como padres, y cuántas veces nos ha llegado la respuesta, a veces como un cambio de sentimientos, a veces como suaves sugerencias o un claro discernimiento, y a veces como visiones de la vida de nuestros hijos, aun de los mismos sucesos y circunstancias que enfrentaban y que tenían que resolverse. Como padres hemos necesitado consuelo y seguridad, y la hemos recibido, no sólo una, sino repetidas veces.

Doy testimonio de que el Señor trata de asistirnos constantemente. El ha dispuesto nuestra situación terrenal de tal manera que podemos tener y conocer la verdad más allá de los límites de nuestra existencia. No estamos solos. Cuán agradecidos debemos estar por los convenios, las ordenanzas y el poder del sacerdocio. Estas ordenanzas y convenios son los medios por los cuales podemos penetrar el velo y conseguir bendiciones en esta vida y el más allá. Cuando guardamos nuestros convenios y obedecemos las ordenanzas, inevitablemente recibimos recompensas eternas. El Señor está obligado cuando hacemos lo que dice, y El no miente.

El Señor confía en nosotros

Como el gran ejemplo y como un Padre amoroso, el Señor nos confía poder espiritual que supera nuestra comprensión. El sacerdocio es la autori-

dad para usar el poder de Dios en todas las cosas que conciernen al bienestar del género humano. El sacerdocio es juicio; cuando se usa correctamente, siempre es decisivo y conclusivo. Contiene un gran poder redentor que dá cabida a una reevaluación, un nuevo examen de determinada situación y, por tanto, un cambio de acuerdo con esa determinación. Pero es necesario tener el valor de utilizar ese poder espiritual; no debemos limitarnos tan sólo a orar por una persona que busca una bendición. El poder del sacerdocio existe y siempre está disponible.

Con frecuencia he sentido el poder del sacerdocio, un poder fuera de mi persona, moviéndose a través de mí hacia la persona que recibía la bendición. Recuerdo la ocasión en que bendije a una joven madre que acudió en busca de renovada fortaleza a fin de soportar un embarazo difícil. Ella tenía una gran fe, y al bendecirla como su obispo, sentí un poder que fluía por mis brazos, hacia los dedos y penetraba su cabeza. Sentí cómo corría ese poder por su cuerpo, hasta la punta de sus pies. Era una fuerza potente, purificadora, rejuvenecedora, con una energía casi electrizante, no obstante tranquila, suave y confortante. Después de la bendición, se puso de pie y, con lágrimas en los ojos, me dijo:

"Lo sentí hasta la punta de los pies."

Escojamos cada día el bien o el mal

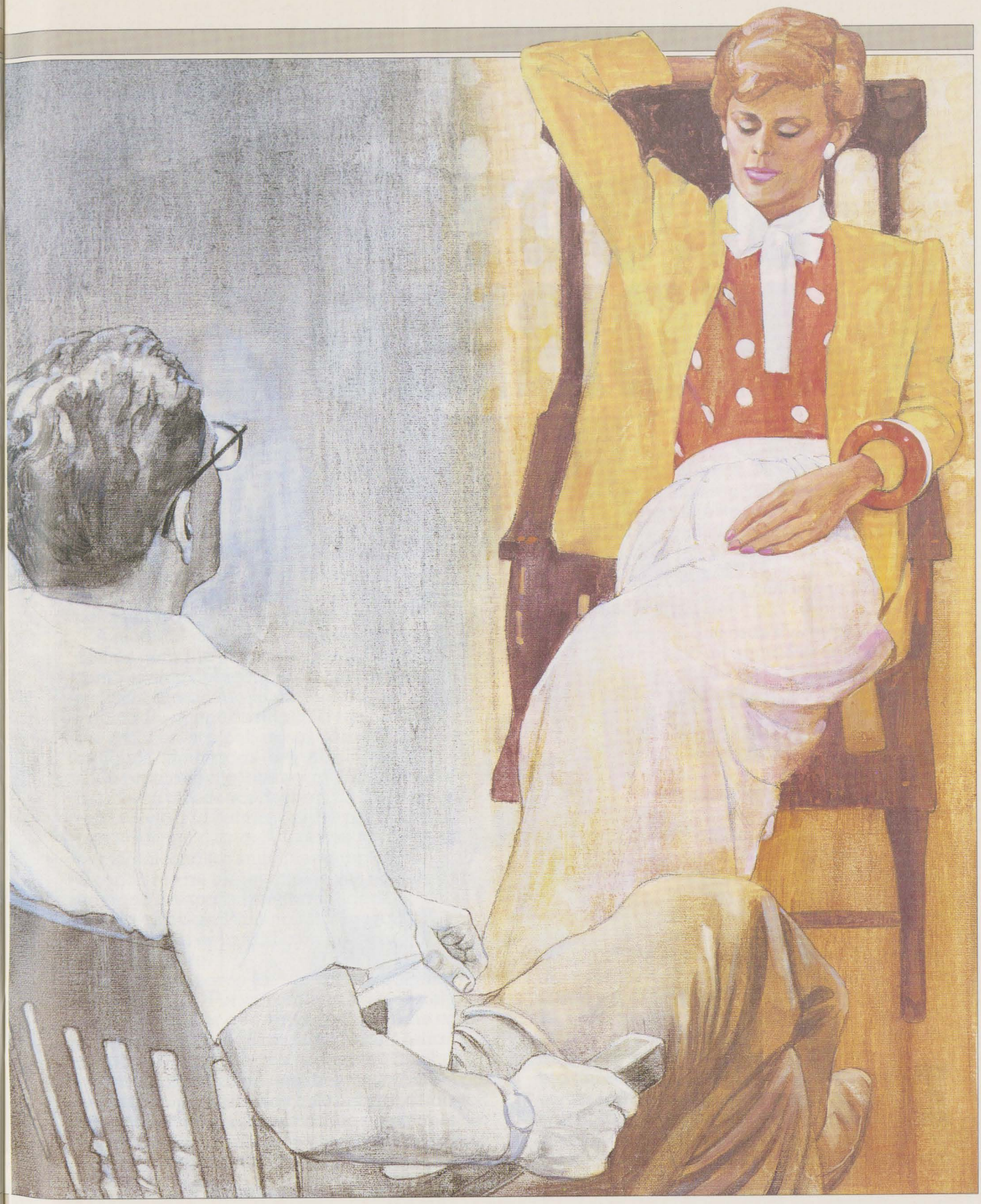
Pero debemos comprender que a fin de estar alertos a estas cosas, a fin de conocerlas, vivirlas y usarlas en nuestra vida, debemos estar en condiciones de recibirlas. Y de hecho, diariamente tenemos distintas oportunidades, a cada momento, de exponernos al bien o al mal. No existen momentos ni campos neutrales. La profundidad e intensidad de la dimensión espiritual nos rodean, y dentro de ellas moramos, actuamos y existimos. Cada día nos toca elegir entre el bien y el mal. Nos ponemos en el lugar donde deseamos estar, ya sea que lo hagamos consciente o inconscientemente. Si no elegimos progresar hacia el bien, lo haremos hacia el mal; no permanecemos inmóviles, ni podemos hacerlo. Esta es la razón por la cual el Señor dijo que aquellos que no están con El están en su contra.

Y es así que, cuando mi hija me preguntó si hoy no debíamos tener en nuestra época la misma clase de experiencias espirituales que tenían los pioneros, realmente se refería a nuestra actual posición espiritual. El evangelio es nuestro mapa de caminos; contiene toda la información y toda la instrucción. Nos informa cómo ponernos en la debida condición para tener el conocimiento, la experiencia, y el poder redentor a que tenemos derecho en esta vida. "En otras palabras," dice el Señor, "os doy instrucciones en cuanto a la manera de conduciros delante de mí, a fin de que se torne para vuestra salvación" (D. y C. 82:9).

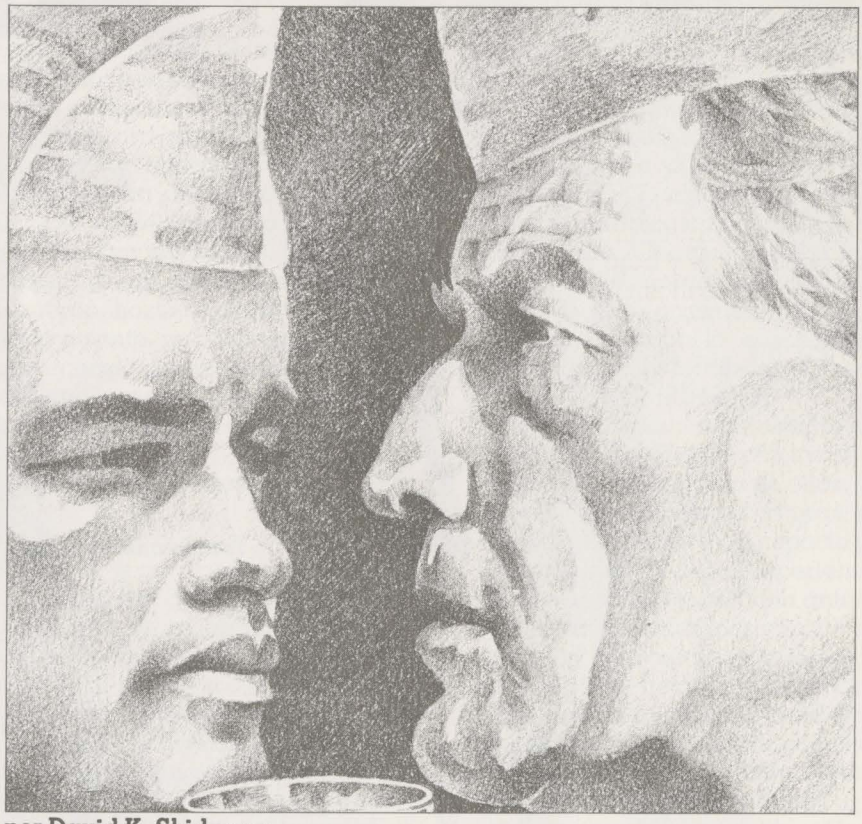
Todos los mandamientos del Señor son instrucciones para lograr el progreso espiritual. Todos requieren la obediencia, y al grado que obedezcamos, recibiremos la bendición resultante. Dar, servir, amar, comprender, ser generoso y caritativo, honrado y casto – todas tienen consecuencias espirituales. Guardar la Palabra de Sabiduría, pagar el diezmo, ceñirse a la ley del ayuno, orar siempre: éstas acciones nos colocan en una posición en la cual las cosas espirituales fluyen a nosotros y nos fortalecen sin ser compelidos. (Véase D. y C. 121:46.)

Cuando asistimos a nuestras reuniones con un deseo sincero, fortalecemos a otras personas y a la vez recibimos fortaleza de ellas. Cuando estudiamos a conciencia las Escrituras, sobrepasamos las esferas del tiempo y del espacio y aprendemos de los testimonios y de las experiencias de aquellos que se han ido de esta vida antes que nosotros. Y cuando somos dignos y recibimos nuestras ordenanzas y convenios en los templos sagrados del Señor, nos ponemos en una línea directa para recibir seguridad, poder y fortaleza espirituales. Pero debemos desear hacer estas cosas; otros no las pueden hacer por nosotros. Nuestros antepasados pioneros vivieron con el espíritu y registraron sus experiencias, y nosotros también podemos hacer lo mismo. □

Tomado de un discurso pronunciado en la Universidad Brigham Young el 23 de julio de 1985.



SÍ, SOY MORMÓN



Ilustrado por Richard D. Hull

por David K. Skidmore

Durante el verano de 1973, aún continuaba la guerra en Asia del Sudeste y la Fuerza Aérea de los Estados Unidos me asignó a una base en Tailandia. El dejar a mi esposa y a mis dos pequeños hijos aquel día fue lo más difícil que jamás había hecho. Sólo la seguridad de la bendición que había recibido de mi padre me prestó la fuerza para separarme de ellos y caminar hasta el avión que esperaba. En la bendición me prometió

que nunca "se me forzaría a participar en actividades ilícitas", y que yo me "guardaría limpio para regresar a mi familia".

Después de estar unos días en las Filipinas en una escuela para recibir entrenamiento en supervivencia en la selva, me dirigí hacia mi asignación definitiva de navegante y oficial de armas de un escuadrón de combate en Tailandia. Me había propuesto hacer bien mi trabajo y a tratar de que el año pasara lo más rápido posible.

Aquella misma tarde, los demás miembros del escuadrón llegaron de su misión de bombardeo y muy pronto fui invitado a celebrar su regreso seguro al cuartel. Un poco cohibido entré al salón donde conocería a los que serían mi "familia" durante los próximos doce meses. La fiesta estaba en su apogeo. Cortésmente rechacé una bebida alcohólica y tomé una gaseosa, y traté de retirarme a un rincón donde pudiera conversar tranquilamente, rodeado de la música estridente y bajo una espesa nube de humo de cigarrillos.

A medida que me fueron presentando a los demás, terminé parado frente al bar, con el comandante del escuadrón, un coronel. Con su brazo alrededor de mi cuello le escuchaba fascinado, mientras relataba sus historias sobre aviones, sus peligrosas aventuras y los antiguos camaradas de vuelo.

De pronto se dio una señal y los hombres se reunieron alrededor del bar. La música cesó y todo volvió a la calma; estaba por efectuarse una tradición diaria. A todos se les sirvió una bebida alcohólica muy fuerte, un limón y sal. Cuando fue mi turno, dije en voz no muy alta, tratando de aparentar normalidad:

–No, gracias. Prefiero esta gaseosa.

–Pero esta es la tradición del escuadrón – dijo el hombre.

Se me agolparon las ideas en la cabeza: "¿Por qué yo? ¿Por qué enfrente de todo el escuadrón? ¿Por qué tenía que pasarme eso la primera noche?" Tratando de demostrar confianza, expliqué que no tomaba alcohol, pero que participaría con mi bebida gaseosa.

Con eso, el silencio se hizo más abismante. Luego el brazo del comandante me apretó más el cuello.

–Teniente, le ordeno que se tome este trago. Se lo va a tomar aunque tenga que vaciárselo yo mismo.

Pensé hasta dónde llegaría si trataba de luchar. Me imaginé los resultados; y de la desagradable visita que tendría que hacer el comandante en jefe de la base para solicitar mi traslado a otro escuadrón. Me volví a preguntar: "¿Por qué yo?" Cómo deseé en ese momento estar en mi hogar, al otro lado de esos doce mil kilómetros de océano. Pero entonces recordé la promesa que mi padre me había dado hacía una semana. Hice acopio de todo mi valor en ese silencio que esperaba mi decisión y dije:

–Lo siento, señor; no beberé alcohol.

El ambiente pareció electrificarse. Yo rogaba con todo mi corazón: "Padre Celestial, ayúdame a resistir esta noche".

El coronel se inclinó hacia atrás, mirándome fijamente, y luego dijo:

–Vas a beberte esto . . .

Yo oré.

Pero luego agregó:

– . . . a menos que seas mormón.

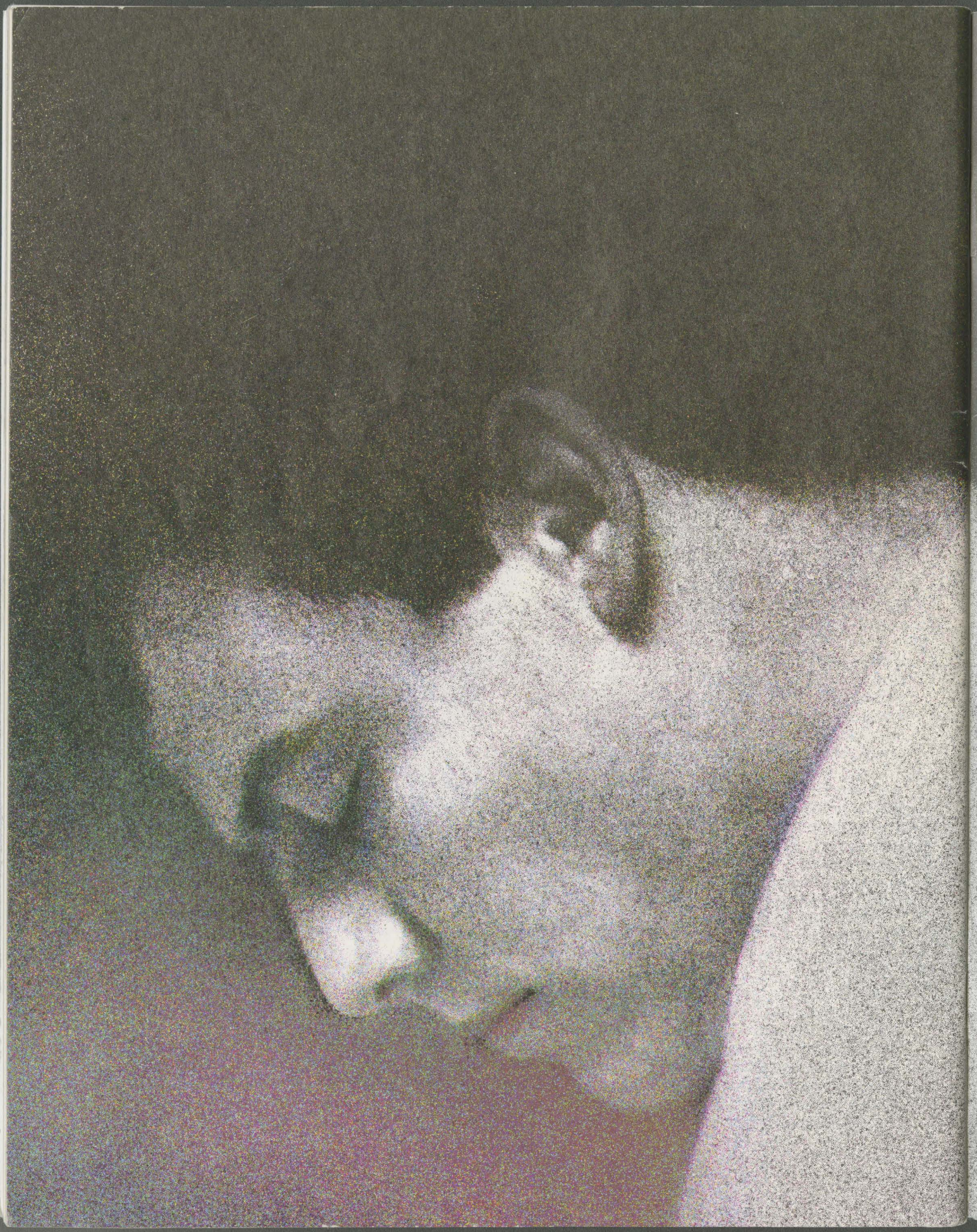
¡Que alivio llenó mi alma! Por supuesto que era mormón; ¿por qué no lo había mencionado antes? ¿Acaso me avergonzaban las razones por las que no bebía alcohol? ¿No creía que Dios, en su sabiduría, había dado tal mandamiento? Le respondí:

–Sí, soy mormón.

Me hizo otras preguntas para asegurarse de que no me estaba haciendo pasar por mormón para salvar el problema, y luego dijo:

–Una gaseosa para este hombre.

Al orar más tarde aquella noche, le agradecí a mi Padre Celestial la lección que había aprendido tan lejos de mi hogar. Le dí las gracias por un padre terrenal inspirado para bendecir a su hijo; estaba agradecido porque ahora todos sabían mis convicciones y porque durante los próximos doce meses todo el escuadrón se aseguraría de que yo me mantuviera fiel en mis creencias. Estaba agradecido de que en algún otro lugar, algún otro miembro de la Iglesia no hubiese temido decirle al coronel *por qué* vivía una vida limpia. Fue entonces que prometí que nunca vacilaría en decir: "Soy mormón". □



"BIEN, BUEN SIERVO Y FIEL"

por Esnil Acosta

Era una conferencia misional muy especial, ya que nuestro presidente de misión iba a ser relevado y él compartía su testimonio con nosotros por última vez.

Nos sentíamos un poco tristes por tener que despedirnos de ese buen hombre; él había trabajado arduamente para hacer la voluntad del Señor y ya los años habían dejado su huella en él; pero a pesar de su cansancio, hablaba con gran seguridad y entusiasmo.

En su discurso nos relató una experiencia que me ha hecho reflexionar muchas veces sobre mi servicio en la Iglesia. Dijo que al volver de una conferencia realizada en la ciudad de Salto, en Uruguay, se había preguntado si había hecho todo lo que el Señor deseaba que hiciera. Mientras meditaba sobre este asunto, de repente sintió como si el Señor le hubiera puesto la mano en el hombro y le hubiera dicho: "Hijo mío, has hecho todo lo que te he mandado. Vuelve en paz a tu casa; has sido fiel y estoy complacido con tus esfuerzos". Esto le causó un gran alivio y gozo, porque antes no sabía cuál era su condición ante Dios.

Hizo una breve pausa, y después siguió diciendo:

"Los mejores misioneros no son aquellos que logran la mayor cantidad de bautismos, ni presentan el mayor número de charlas, o los que conocen más de la doctrina; los mejores misioneros son aquellos que, al terminar la misión, se sienten como si el Señor pudiera ponerles la mano en el hombro y les dijera: 'Hijo mío, has hecho todo lo que te he mandado. Estoy complacido con tus esfuerzos'."

Varias semanas después de aquella conferencia, tuvimos otra con nuestro nuevo presidente de misión, el élder Gene R. Cook. En una entrevista que tuve con él, me dijo que consideraba que yo tenía un buen espíritu y que Dios esperaba mucho de mí. Dijo también que sabía que yo podía hacer más de lo que estaba haciendo y ser un misionero mejor.

Medité profundamente sus palabras, así como las que nos había dejado nuestro ex presidente de misión. Busqué la inspiración del espíritu y le dije a Dios que trabajaría arduamente durante el resto de mi misión para traerle almas, y así lo hice, dedicando todos mis esfuerzos al cumplimiento de la misión que El me había encomendado. Sin embargo, al llegar casi al final de mi misión, todavía no había sentido lo que mi primer presidente había experimentado, es decir, la confirmación de que Dios aceptaba mi labor.

Seguí trabajando mucho, y el último día de mi misión – nuestro día de preparación – mi compañero y yo bautizamos a una joven familia muy especial.

Cuando volví a la casa de la misión, que quedaba en Montevideo, el presidente Cook me entrevistó por última vez. Juntos ofrecimos una oración, y después él me preguntó si había algo sobre lo que deseara conversar en particular. Lo pensé por un momento, pero finalmente decidí no molestarle con mi deseo de recibir una confirmación de que el Señor estaba satisfecho con mi labor. Entonces, como si él adivinara mis pensamientos, me miró a los ojos y me dijo: "Elder Acosta, el Espíritu me dice que el Señor está complacido con usted por sus esfuerzos, y siento que puede volver tranquilo a casa. Me parece que esto le ha estado preocupando".

Con lágrimas en los ojos le dije que sí, que eso había estado preocupándome, pero que ahora podría volver a casa contento porque sabía que el Señor estaba complacido con mis esfuerzos misionales. Me invadió entonces una paz interior, la cual me confirmó que así era.

Varios años han pasado desde ese día, y he relatado muchas veces estas experiencias para que otras personas entiendan que podemos recibir la aprobación del Señor por la labor que realicemos. Creo que el tener este sentimiento nos permite evaluar nuestros esfuerzos, determinar si lo que estamos haciendo está bien o no, corregir nuestros errores y, de esta manera, seguir progresando a lo largo de nuestra vida.

Tal vez Pablo sentía algo parecido cuando dijo:

"He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.

"Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día." (2 Tim. 4:7 – 8.)

Que todos vivamos de tal manera, que el Señor pueda decirnos:

"Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor." (Mateo 25:21.) □

International Magazines
FILE COPY
Do Not Remove!